UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

L. DE
OLONA

EL

PQ655
.036
J8
1877

1020027268

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. F67.5
Núm. Autor .O521
Núm. Adq. 328921
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

EL JURAMENTO,

ZARZUELA EN TRES ACTOS

POR

DON LUIS DE OLONA,

MUSICA DE

DON JOAQUIN GAZTAMBIDE.

Representada en Madrid en el Teatro de la ZARZUELA, el 20 de Diciembre de 1858.

TERCERA EDICION.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

A. WAGNER & LEVIEN
MEXICO

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

099900
32892

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PQ6552
.036
J8
1877

NOTA.

Leyendo una ópera cómica francesa, titulada *La Rose de Peronne*, se me ocurrió tomar de ella el personaje de el *Marqués*, y hacer una zarzuela nueva. Dicho personaje lo he caracterizado ademas de diferente modo, y todas las situaciones de mi zarzuela son inventadas por mí, y por lo tanto completamente distintas de las que hay en la ópera cómica francesa.

L. de O.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Habiendo leido esta zarzuela, no hallo inconveniente alguno en que su representacion se autorice.
Madrid 14 de Diciembre de 1858.

El censor de teatros,
ANTONIO FERRER DEL RIO.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.
ALFONSO REYES
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AL SEÑOR DON ANTONIO MARIA DE OLONA.

Recuerdo de cariño de

su sobrino

Luis de Olona.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERSONAJES.	ACTORES.
MARÍA.....	D.ª Josefa Mora.
LA BARONESA.....	Luisa Santa María.
EL MARQUÉS DE SAN ESTÉBAN..	D. Tirso Obregon.
DON CÁRLOS.....	Ramon Cubero.
EL CONDE.....	Francisco Calvet.
EL CABO PERALTA (1).....	Francisco Salas.
SEBASTIAN.....	Vicente Caltañazor.

Oficiales, soldados, aldeanos de ambos sexos.

La accion en el reinado de Felipe V durante la guerra con los austriacos.—1710.

La propiedad de esta zarzuela, la de

El Valle de Andorra.
Galanteos en Venecia.
Los Magyares.
Mis dos mujeres.
Amor y misterio.
El sargento Federico.
El postillon de la Rioja.
La cola del Diablo.
Gracias á Dios que está puesta la mesa.
La cotorra.
Pablito ó segunda parte de Don Simon.
Las bodas de Juanita.
Los dos ciegos.
El amor y el almuerzo.
Amar sin conocer.
Casado y soltero.
El Caudillo de Baza.

pertenecen á D. Luis de Olona, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirlas ni representarlas en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados representantes de la Galería Lírico-Dramática, titulada El Teatro, de D. ALONSO GULLON, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

(1) Sintiéndose indispuesto el actor D. Francisco Fuentes, el Sr. Salas, por no retardar la ejecucion de la zarzuela, se encargó de este papel cuatro dias ántes de la representacion.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la entrada de una quinta. Al fondo un sendero que atraviesa un viñedo. Á la derecha la casa construida con elegante sencillez. Á la izquierda, dependencias de la quinta. Árboles aquí y allá.

ESCENA PRIMERA.

MARÍA. En seguida ALDEANOS de ambos sexos. Al levantarse el telon María aparece en uno de los balcones de la casa, mirando al camino con alegría y exclamando:

CANTO.

MARÍA. Ellos son!
No hay que dudar!
Ya del monte
los miro bajar.

(Suena dentro un caracol de caza.)

Acudid.

(Mirando á las dependencias de la quinta.)

ALDEANOS. (Saliendo por la izquierda y corriendo á mirar al fondo.)
Allí están!
Por el monte
los vemos bajar.

(María desaparece del balcon.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALDEANOS. (Unos á otros.)
De su cacería
vuelve el conde ya:
viva, viva el noble
cazador audaz!

MARIA. (Saliendo y ap.)
(Al fin vuelve á mi lado
mi dulce bien amado!
Al fin respira el alma
con júbilo sin par.
Penas de ausencia
volad! volad!
Mis alegrías renacen ya.)

ALDEANOS. (Mirando al fondo y unos á otros.)
Oh cuánta liebre!
Mirad, mirad!
Ricos despojos
nos tocarán!
Viva!

MARIA. Volad.
ALDEANOS. Viva.
MARIA. Volad.

Á UN TIEMPO.

MARIA. (Ap.) ALDEANOS.

Mis alegrías — La cacería
renacen ya. — nuestra será.

ESCENA II.

DICHOS.—EL CONDE en traje de caza y andando penosamente á causa de su edad.—D. CÁRLOS tambien en traje de caza, le ayuda á bajar del ribazo.—SEBASTIAN viene cargado de liebres y conejos, con un palo en la mano y algo mohino.

CANTO.

CONDE. (Á los Aldeanos con alegría.)
Hola! Muchachos! Hola!

Por vida mia!
Celebren aqui todos mi puntería.
Esas liebres que traigo
las cazé yo.

SEBASTIAN. (Ni una mató siquiera
el buen señor.)

ALDEANOS. Gloria! Gloria al noble
diestro cazador!

CONDE. Un tiro dí á una banda
de gorriones...

SEBASTIAT. (Ap.) (Y yo sentí en la naiga
los perdigones.

CONDE. Ningun ave me escapa, (Á Sebastian.)
verdad?

SEBASTIAN. Verdad.
Siempre que las apunta...
(Nunca las da.)

CONDE y D. CAR. Qué es ver en el bosque
la liebre medrosa
saltando las breñas
huyendo afanosa!
La sigo ligero
por monte y verjel,
y allí de un balazo
cae muerta á mis piés.

TODOS. Qué es ver en el bosque
la liebre medrosa
saltando las breñas
huyendo afanosa!
La sigo / La sigue } ligero
por monte y verjel,
y allí de un balazo
cae muerta á mis / sus } piés.

CARLOS. Honor al conde,
honor y prez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

al diestro cazador
que logra tal laurel!

HABLADO.

CONDE. Y aquella liebre que cayó en el bosque, la maté yo tambien. (Á D. Cárlos.)

CARLOS. Sí! Todas, querido tio.

SEBAST. (Pues! la manía de siempre. Y si se le contradice, arma una de mil demonios.) (D. Cárlos y María procuran acercarse el uno al otro con disimulo.)

CONDE. Qué murmuras tú? (Á Sebastian.)

SEBAST. Nada. (Cáspita! Creo que se me han quedao los perdigones en el cuerpo!) (Poniéndose la mano en la cadera.)

CONDE. Todavía pretendes hacerme creer que te he disparado á tí?

SEBAST. Cá! No señor... Ay! (De pronto quejándose.)

CONDE. Qué es eso? (Acercándose á Sebastian. D. Cárlos y María, que han estado buscando una ocasion de hablarse, se acercan vivamente el uno al otro y se dicen en voz baja y aparte.)

CARLOS. (Me esperabas?)

MARIA. (Con mucha impaciencia.)

CARLOS. (Yo no vivía sin verte!)

MARIA. (Por Dios que no nos oiga!) (Por el Conde.)

CONDE. Chico más aprensivo... (Se separan.) Ea! Cargad vosotros con esos despojos y celebrad con ellos mi gloriosa jornada! (Á los Aldeanos, que se lanzan sobre las piezas de caza.)

SERAST. Eh! (Interponiéndose.) No hay que meterlo á barato! Este conejo para Anton. Tú, Simona, coge este gazapo: y tú, Ambrosio, estas dos liebres. (Murmullos de descontento.) Si tiene cinco hijos capaces de comérsele á él! Vaya, largo!

ALDEAN. Viva nuestro amo! (Se van.)

SEBAST. Reniego de la caza y de... Buenos dias, Mariquita! (Encontrándose con ella.) Jé! jé! Si todas las liebres se parecieran á vos, ya estaría yo corriendo tras ellas veinte y siete mil semanas.

CARLOS. Animal! (Interponiéndoce bruscamente.)

SEBAST. Eh? Va eso conmigo? (Admirado. María hace una seña Cárlos para que se reprima.)

CONDE. (Á Sebastian.) Lleva adentro esta escopeta. Voto á bríos! Como nuestros soldados disparasen á las tropas del archiduque con el acierto que yo...

SEBAST. Oooh! (Había guerra para un siglo.) (Se va llevándose la escopeta.)

CONDE. Y esos perros ingleses tienen tal destreza... Dígalo si no el balazo que te ha tenido inutilizado un mes... y al cual por otra parte he debido el placer de verte. (Á Cárlos.)

CARLOS. Cierto. Á esa herida debo yo tambien la dicha que hoy experimento aquí. (Mirando á María.)

CONDE. Te creo, Cárlos. Tú no has conocido á tus padres. Yo te he tenido á mi lado desde tu niñez y...

CARLOS. Y nunca podré pagaros lo que por mí habeis hecho.

CONDE. Eso no es del caso.

MARIA. Pues y yo?

CONDE. Qué!... Vas tambien á recordar ahora... Tu padre fué un mayordomo leal.—Te dejó al morir á mi cuidado... y yo he querido educarte como una señorita... de lo cual no me arrepiento. Qué diablo! Soltero y sólo toda mi vida, habría pasado sin tí una existencia triste y monótona. La mujer!... La mujer es una compañía inapreciable... Y llega un dia en que se echa bien de ménos.

CARLOS. Qué! desaríais estar casado?...

CONDE. Por qué no? Tu carrera te aleja de mi lado. María tendrá un marido mañana ó el otro...

MARIA y CARLOS. Un marido!... (Con emocion.)

SEBAST. (Saliendo con un pliego en la mano.) Qué demonio! Pues no trae pocos sellos que digamos!

CONDE. Eh? Qué papel es ese?

SEBAST. Un pliego que he encontrado sobre la mesa del señorito don Cárlos.

CARLOS. Un pliego?

MARIA. Sí. Sí! Ayer lo trajo un soldado de á caballo... Perdonad si no os lo he dicho ántes.

CONDE. Qué podrá ser? (Carlos lee para sí y manifiesta suma tristeza.)
MARIA. Os poneis pálido.
CARLOS. No, no. (Á su tio.) Leed.
CONDE. Qué demonio! (Buscando las gafas, que se pone y leyendo para sí.) Á qué viene tanto rodeo?
SEBAST. Vaya un papel misterioso!
CONDE. Hola, hola! Te mandan incorporarte á tu regimiento.
MARIA. (Ap.) (Cielos!)
SEBAST. Me dió en la nariz.
CONDE. Partir á Madrid hoy mismo.
MARIA. Hoy! (Con profunda emocion.)
CARLOS. Prudencia. (Bajo á María.)
CONDE. Nada más justo. Tu herida está curada y sería vergonzoso continuar aquí en tanto tus compañeros combaten por el honor de su patria.
MARIA. (Dios mio!)
CARLOS. Teneis razon. Dentro de dos horas me pondré en camino. Sebastian, dí que tengan preparado mi caballo.
CONDE. Y que le acompañen mis guarda-bosques. (D. Cárlos va á hablar.) Oh! Yo sé lo que me digo. Á lo mejor puedes encontrarte con algun destacamento austriaco... Ven, quiero yo mismo dar las órdenes. (Á Sebastian.)
SEBAST. (Calle! Creo que llora Mariqui...) (Parado y mirando á María.)
CONDE. Anda, badulaque. (Tirándole del brazo.)

ESCENA III.

CÁRLOS, MARÍA, corren el uno al lado del otro.

MARIA. Vais á partir!
CARLOS. Tranquilízate, María. No tardaré en volver á tu lado.
MARIA. Ah, don Cárlos! Vos me olvidareis. Un mes de amor es bien poco para resistir á la ausencia.
CARLOS. ¿Qué? Desconfiais de mi cariño?
MARIA. No me hagais concebir esperanzas que luégo no podais realizar. Tened presente que mi corazon es vuestro,

pero que la menor duda me haría renunciar á vos para siempre.
CARLOS. Qué dices?
MARIA. No lo extrañeis. Yo soy pobre y humilde; vos rico y de noble cuna! Á mí me toca temer que os arrepintais de haberme amado.
CARLOS. No, nunca.
MARIA. Y si vuestros amigos, si vuestro tio contrariasen vuestra inclinacion...
CARLOS. Yo lo arrostraré todo por tí.
MARIA. De veras? Ah! pensadlo ántes bien.
CARLOS. Seré tu esposo aunque se oponga el mundo entero.
CONDE. (Dentro.) Voto al lucero del alba!...
MARIA. (Pasando vivamente á la derecha.) El Conde vuelve.
CARLOS. Nos veremos ántes de mi marcha?...
MARIA. Oh! sí... Pero separémonos. (Entra vivamente en la casa.)
CARLOS. Yo te buscaré. (Solo.) Oh! mal haya la suerte que me obliga á partir. (Se va por otro lado.)

ESCENA IV.

CONDE, SEBASTIAN.

CONDE. No me repliques. Digo que esta tarde saldré á caballo, ó nos han de oir los sordos.
SEBAST. Pero... (Le ha dao por echarla de valiente, y se va á matar!)
CONDE. Atreverse á hacerme observaciones sobre mi edad!... Quitame estos botines. (Se sienta.)
SEBAST. No se enfade usía. (Quitándoselos de rodillas.) Yo lo he dicho por su bien.
CONDE. Mi bien! Mi bien! (Murmurando.)
SEBAST. Qué diantre! Si no se cuida usía á los sesenta años...
CONDE. Toma, charlatan. (Dándole un pescozon.)
SEBAST. Ay! (Sin levantarse.)
CONDE. Toma, sesenta años.
SEBAST. Por qué la pega usía conmigo? Soy yo fé de bautismo?
CONDE. Quitame este otro. (Presenta el otro botin.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEBAST. Yo hablo por boca de ganso.
CONDE. Te parezco muy viejo, no es así?
SEBAST. Cá! Al contrario! Pues si tiene usía una cara más fresca que una lechuga... Y luégo una agilidad... y un tino pa matar liebres...
CONDE. Adulador! (Satisfecho.)
SEBAST. (Jé! jé! Ya se le cae la baba.) (Levantándose.)
CONDE. Y... (En tono confidencial.) qué dirías tú si yo te hiciera una confianza? (Levántase.)
SEBAST. Diría... Toma! Diría lo que viniese al caso!
CONDE. Pues aquí donde me ves, estoy muy en vísperas...
SEBAST. De caer malo?
CONDE. No... De casarme.
SEBAST. (Con asombro) Usía! Usía casar... (Asombrado.) Dios mio! ya chochea!)
CONDE. Eh? qué dices á eso?
SEBAST. (Secamente.) Que no me gustan esas vísperas.
CONDE. Necio! Badulaque! (Enfadado.)
SEBAST. Pues bien, señor... Ya cambié de idea! Hace usía perfectamente.—Y... quién es la novia? Alguna señora respetable... así, de unos cincuenta años...
No es mala edad!
CONDE. Eh! Me crees tan tonto? La novia es jóven! noble! rica
SEBAST. (Alguna que por fea no la quiere nadie.)
CONDE. Muy guapa!
SEBAST. (Entónces una trapisondista.)
CONDE. La baronesa de Aguafría.
SEBAST. La barone!... esto sí que me deja frio! — Esa dama de quien estuvo hablando á usía aquel señor gordo que vino la otra tarde?
CONDE. Ese señor gordo es un procurador.
SEBAST. Y bien que procura por sí. Tiene una salud y unos colores...
CONDE. La baronesa y yo sostenemos hace años un pleito de dos millones; y á mi abogado se le ha ocurrido el transigirlo casándome con ella. Dentro de seis ú ocho dias me presentarán en su casa.

SEBAST. Ah! La baronesa no conoce á usía?
CONDE. Nunca me ha visto.
SEBAST. (Entónces no se acaba el pleito.)
CONDE. Qué?
SEBAST. Señor, yo... así, á lo palurdo, creo que usía no está para esos ruidos. Aquí vivimos en paz y en gracia de Dios...
CONDE. No. Yo no puedo continuar más tiempo soltero.
SEBAST. (Á buena hora se acuerda.)
CONDE. Dentro de poco me veré sólo, aislado, puede decirse...
SEBAST. Aislado?
CONDE. Si tal, María se casará á lo mejor. Tendrá que cuidar de su marido, de sus hijos...
SEBAST. Qué? Pensábais buscarle marido? Pues aquí estoy yo, que la quiero más que á las niñas de mis ojos!
CONDE. (Poniéndole una mano en el hombro.) Hablaremos, señor Sebastian... hablaremos. Sois algo majadero; (Sonriendo.) pero hombre de bien; y no os falta habilidad para la jardinería.
SEBAST. Es posible: señor? (Muy contento.) Usía sería tan bueno...
CONDE. Piensa en ello, que yo tambien pensaré. — Ahora voy á almorzar. (Yéndose hácia la casa.)
SEBAST. (Siguiéndole.) Así se le vuelva un brillante cada tajada! Y Dios le dé ochenta años de vida...
CONDE. Basta! basta! (Yéndose.)
SEBAST. Y se case con todas las baronesas... —Sebastian! alégrate! Salta, Sebastian! (Da un salto.) Huy! yo no sé lo que me pasa! jé! jé! jé! jé! Viva el amo!

ESCENA V.

DICHO, MARIA.

MARIA. Calle! Por qué das esas voces?
SEBAST. Es ella!
MARIA. Por qué estás tan alegre?
SEBAST. Mona! (Á María.)
MARIA. Qué es lo que tienes?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEBAST. Yo me volveré elegante. (Arreglándose el cabello.)
MARIA. Cómo?
SEBAST. Yo andaré á lo fino, como tú. (Echa á andar contoneándose.)
MARIA. Eh? Se le ha vuelto el juicio?
SEBAST. Y yo trabajaré noche y dia para que tú estés arrellaná como una señora meciendo al rorro.
MARIA. Has almorzado fuerte?
SEBAST. He almorzado alegria! felicidá! Yo voy á ser tu... (Va á arrodillarse y se oye gran ruido y voces dentro.)
MARIA. Dios mio, qué estrépito! (Yendo al fondo.)
SEBAST. Cáspita! Si serán los tudescos! Esa maldita guerra lo trae á uno siempre asustao.

CANTO.

DICHOS, LA BARONESA, ALDEANOS y ALDEANAS.

BARON. (Dentro.) Torpe!!
VOCES. Señora, sosegaos!
BARON. (Dentro.) Bruto!!!
VOCES. Señora, perdonad!
BARON. (Saliendo muy furiosa seguida de los Aldeanos.)
Qué postillon
tan animal!
Yo vivo de milagro!
justo! no hay más!
ALDEANOS. Es verdad.
(María y Sebastian interrogan á los Aldeanos; estos contestan en tanto que la Baronesa pasea muy alterada.)
ALDEANOS. Esta señora (Á María y Sebastian.)
cruzaba ahora
por el camino
de la ciudad.
BARON. (Parándose y como si hablase con el postillon.)
Animal!
ALDEANOS. Á troche y moche (Continuando.)
corría el coche
y un tropezon

le hizo volcar.
MARIA y SEB. Os hizo daño? (Acercándose con interés.)
BARON. Mucho.
MAR., SEB., ALD. Que ha sido? (Con sobresalto.)
BARON. Me ha estropeado
todo el vestido!
Por Dios y por la Vírgen
la falda componed.
MARIA y SEB. Al punto! (Estirándole la falda.)
SEBAST. (Vaya un talle que tiene esta mujer!)
BARON. Gracias! Mil gracias. (Á María y Sebastian.)
MARIA y SEB. Descansad aquí.
BARON. (Con imperio.)
Traedme una silla!
(Sebastian la trae. Ella se sienta.)
Ay! respiro al fin!
ALDEANOS. (Unos y otros observando á la Baronesa con curiosidad y admiracion.)
Ay que traje tan rico!
Ay qué canesú!
Qué cintillo de perlas
y qué marabú!
BARON. (Entre tanto salvaje
no me ví jamás:
pero ya que me admiran
no me encuentro mal.)
ALDEANOS. Ay qué canesú!
Ay qué faralá!
Cuantos ringo-rangos
en el delantal!
BARON. (Levantándose.)
Ved si puedo partir.
ALDEANOS. Roto está el coche.
BARON. Yo no quiero pasar aquí la noche.
ALDEANOS. El sitio es muy alegre.
BARON. No lo niego.
Mas yo del campo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

y su placer reniego. (Murmullo.)

ESTROFA.

BARON. (Con ironía.) El arroyo, la enramada
y la fuente nacarada,
y el parlero pajarito,
y los prados y la flor...
Todo, todo...
es muy bonito,
para el cuadro
de un pintor!

ALDEANOS. Oh! no hay nada
más bonito
para el cuadro
de un pintor.

BARON. Á mi el pajarito
jaqueca me da,
y el son del arroyo
tristeza mortal.
El polvo me ahoga,
me cansa el andar!
Y tengo á los bichos
un miedo cerval.
Mejor
que los prados,
mejor
que escuchar
al ave
y la fuente
y el aura fugaz...
Yo prefiero
mis salones,
mi elegante
sociedad,
y los ecos
del piano
que preludia

alegre vals.

Á UN TIEMPO.

BARONESA.	ALDEANOS.
La, la, la, la,	Oh qué dama
oh qué recuerdo!	tan dengosa!
la, la, la, la,	Todo aquí
no hay más allá!	lo encuentra mal.
la, la, la, la,	Vuelva pues
la, la, la, la,	á sus salones
que delicioso vals.	donde el sol
	ni el aire da.

HABLADO.

MARIA. Y qué habeis de hacer, no pudiendo continuar vuestro camino?

BARON. Qué sé yo? (Paseándose impaciente.) Aburrirme... desesperarme!... Reniego del postillon, y de mi deseo de viajar y de... (Deteniéndose de pronto y mirando á los Aldeanos.) Pero qué hace aquí toda este gente? Me miran como si yo fuese una cosa rara. (Vivamente.) Idos, majaderos!

ALD. Vaya una mujer! (Se retiran refunfuñando.)

OTRO. Pues no gasta poca vaniá.

BARON. Y tú, por qué te quedas? (Á Sebastian.)

SEBAST. Estoy en mi casa. (Bruscamente.)

BARON. Sí? Bueno es saberlo.

MARIA. (Afectuosamente.) Es decir, esta es la casa de su amo y m protector el señor Conde.

BARON. Aquí vive un Conde! (Pasando al lado donde está la casa.)

MARIA. Sí, señora. El conde del Arenal.

BARON. (Cielos!)

SEBAST. (Ap. á María.) (Qué le ha dao?)

BARON. (Mi presunto marido! Va á creer que he venido exprofeso.)

SEBAST. (Que inquieta se ha puesto.) (Á María, ap.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BARON. (Y qué remedio? Ya no es posible evitar... Bah! Con eso le conoceré y sabremos á qué atenernos.)

MARIA. (Se dirige á la puerta de la casa.) Me permitireis prevenir a señor Conde de vuestra llegada?

BARON. Sí... Sí. Hacedme el favor de explicarle el casual accidente que me ha obligado... decidle que soy la baronesa de Aguafria.

SEBAST. (La Baronesa!)

BARON. Eh? (Volviéndose á Sebastian.)

MARIA. Voy al instante. (Entra en la casa.)

BARON. Por qué es esa sorpresa? (Á Sebastian.)

SEBAST. Conque usía va á ser nuestra ama!

BARON. Quién os ha dicho?...

SEBAST. Vaya! El mismo señor Conde. Pues si es tan llano y tan amable...

BARON. Sí. Ya me han dado noticias...

SEBAST. (Admirado.) Ah! Vos estais bien informá...

BARON. De todas sus cualidades.

SEBAST. (Pues no sé cómo apenca con el buen señor.)

BARON. Me consta que es un hombre alegre, emprendedor...

SEBAST. (Con ironía.) Mucho!

BARON. Gallardo!

SEBAST. Oooh! (Ponderando.)

BARON. Que caza diestramente, que monta bien á caballo!...

SEBAST. Uf!... (Quién habrá engañao á esta pobre señora?)

BARON. De todo lo cual deduzco que tendrá... unos cuarenta y ocho años.

SEBAST. Ajá!! unos sesenta.

BARON. Sesenta? Qué decís? Cómo es posible eso?

SEBAST. Toma! Naciendo hace sesenta años.

BARON. Entónces estará cayéndose de viejo.

SEBAST. Cá! Si no fuera por un poco de reuma, otro poco de tos y otro poco de gota estaría como un clavel.

BARON. (Santo Dios! Y yo que casi he dado mi palabra...)

SEBAST. Mirad, mirad! Ahí le teneis.

BARON. Es aquel anciano? (Señalando al interior de la casa.)

SEBAST. Sí... sí. Más derecho viene que un huso.

BARON. (Es decir que han sorprendido mi buena fe!) Y quien es aquel jóven que le acompaña?

SEBAST. Su sobrino don Cárlos, un oficial.

BARON. (Vivamente y despues de mirar un poco adentro.) Y en qué pensaba el procurador que no me propuso al sobrino?)

SEBAST. Ya están aquí.

ESCENA VI.

DICHOS, el CONDE, MARÍA, D. CÁRLOS.

CONDE. (Saliendo apresuradamente.) Cómo! vos en mi casa, señora Baronesa! Vos honrándome con tan grata visita!

CARLOS. (Una baronesa?)

BARON. Visita casual... segun esa jóven os habrá contado; pero que me proporciona el gusto de conocer á un adversario á quien siempre estimé á pesar de nuestro pleito.

CARLOS. (Acercándose.) Cómo! Esta señora es la Baronesa con quien habiais entablado una cuestion de intereses?...

CONDE. Sí. Una cuestion que va á tener el más feliz desenlace.

BARON. (Eso allá lo veremos.)

CONDE. (Presentando á D. Cárlos.) Mi sobrino don Cárlos de Guzman.

BARON. (Saludando.) Tengo sumo placer. (Es muy simpático.)

CONDE. Y como debe partir dentro de pocos instantes... me permitireis que le sorprenda con la agradable nueva...

BARON. No, no... Permitid. Creo... me parece prematuro..

CONDE. Oh! no tal! Una cosa ya resuelta y convenida... Perdonad, pero yo no puedo contener mi impaciencia.

BARON. (Todavía cree que soy capaz de casarme con él.)

CONDE. Cárlos! Acércate.

BARON. No, no. Expliquémonos ántes.

CONDE. Á eso voy.—Te presento á la señora Baronesa, tu futura tia.

MARIA. (Qué oigo!)

CARLOS. Mi tia? (Con extrañeza.)

SEBAST. (Descorrió el telon.) (Pausa.)

CARLOS. (Sin volver de su sorpresa.) Cómo! esta señora...

CONDE. Va á ser mi esposa.
BARON. Conde, advertid...
CARLOS. (Con suma extrañeza.) Vos os casais?
CONDE. Qué! Tendríais algo que oponer?
CARLOS. No, tio, seguramente... Pero... me parece que la desigualdad de edades...
CONDE. (Enojado.) Señor sobrino, tened presente que yo no os he pedido vuestra opinion; que soy dueño de mis acciones... y que ya es hora de que os pongais en marcha. (Pasa al otro lado y habla con María, que procura calmarle.)
MARIA. (Por Dios, no le irriteis.)
CARLOS. (Estoy absorto.)
BARON. (Acercándose con aire muy amistoso á D. Cárlos.) Qué! tan pronto vais á partir?
CARLOS. (Gravemente.) Sí, señora: mi presencia, ademas podría traer inconvenientes...
BARON. (Con viveza.) No para mí; os lo aseguro. Y cuando yo os explique...
CARLOS. Es inútil, señora. Y como conozco el inflexible carácter de mi tio, respeto su determinacion y me abstengo de todo comentario sobre ella. (Acercándose al Conde.) Sólo me resta, señor, suplicaros que me conserveis vuestra amistad.
CONDE. (Enternecido y estrechándole la mano.) Más todavía, Cárlos, cuenta siempre con mi cariño.
CARLOS. Prometedme ademas...
CONDE. (Afectuosamente.) Qué deseas? habla.
CARLOS. Que la proteccion que hasta aquí habeis dispensado á María...
CONDE. Su porvenir corre de mi cuenta, y pronto tendrá un marido que vele tambien por ella.
MARIA y CARLOS. Cómo!
SEBAST. (Desde el extremo izquierdo del proscenio.) Y que derramará hasta la última gota de sangre...
CONDE. Cállate tú.
SEBAST. (Me callo.)
CARLOS. (Inquieto.) Qué marido es ese? Hablad, tio, os lo ruego.

BARON. (Mirando á D. Cárlos.) (Qué emocion!)
CONDE. Es un jóven laborioso, honrado, leal!... Ahí le tienes. (Señalando á Sebastian.)
CARLOS y MARIA. Sebastian!
SEBAST. (Contento.) Yo!
MARIA. (Aterrada.) Sebastian!
CARLOS. Oh! Nunca, vive el cielo!
CONDE, SEBAST. y BARON. Eh? (Á un tiempo y sorprendidos.)
CARLOS. Basta de inútiles fingimientos. Yo amo á María y os pido que me la deis por esposa.
MARIA. (Con alegría.) (Ah!)
SEBAST. San Bráulio! } (Á un tiempo.)
CONDE. Tú? }
BARON. Ay qué lastima de jóven!
CARLOS. Tú! Un noble! Mi sobrino en fin, soñar semejante enlace.
MARIA. (Alarmada.) Dios mio!
CARLOS. (Con animacion.) María es hija de un hombre honrado. Eso le basta á mi cariño.
CONDE. (Irritado.) Vos habeis perdido el juicio!
CARLOS. Tio!
MARIA. (Procurando calmarle.) Señor.
CONDE. (Con severidad y energía.) Vuestra esposa no será nunca otra que una rica y noble heredera. Y si os atraviérais á desobedecerme, mi abandono y mi maldi...
CARLOS. (Confundido.) Cielos!
BARON. (Interponiéndose.) Conde!
CARLOS. No, tio; no, yo os obedeceré. (Pausa.)
MARIA. (Qué dice?) (Mirando con extrañeza á Cárlos.)
CARLOS. (Ah! la gratitud es mi cadena!)
MARIA. (Cómo! Dejará que me casen con otro?)
CONDE. (Á María.) Hoy mismo darás tu mano á Sebastian. (Sube al fondo con la Baronesa.)
MARIA. Hoy!
SEBAST. Es posible! (Sin moverse de su sitio.)
MARIA. (Pasando al lado de D. Cárlos y en voz baja.) (Unid siquiera vuestros ruegos á los mios.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARLOS. Todo sería inútil.

MARIA. (Mirándole con asombro.) Qué! Así me abandonais! Es esa vuestra última resolucion!

CARLOS. María...

MARIA. (Con altivez.) Basta! (Con grave acento.) Ya veo que nada tengo que esperar de vos.

CARLOS. Escucha!

MARIA. (Dirigiéndose con resolucion al Conde.) Señor Conde... aplacad vuestro enojo; disponed de mí como gusteis.

CONDE. Eso esperé siempre de tí. (Bajando con ella al proscenio.)

BARON. (Ap. á D. Cárlos.) (Ya lo oís, don Cárlos; considerad...

CARLOS. (En voz baja.) No me hagais reflexiones, señora... Y si mi pesar os conmueve, lograr ántes de que yo parta, revoque mi tio esa fatal sentencia. (Váse.)

BARON. Pero oid al ménos... (Siguiéndole algunos pasos.)

MARIA. (Ap.) (Qué triste humillacion!

SEBAST. (Ap. y en voz baja.) Y yo á tó esto, callao.

CONDE. Dispensad, señora, este inesperado incidente...

BARON. Oh! no hay de qué.

CONDE. Me permitis que os guie á mi salon? (Ofreciéndola el brazo que ella acepta.)

BARON. Con mucho gusto. (Es preciso decirle sin rodeos...)

CONDE. Tú, Sebastian... chitito... ó no hay nada de lo dicho.

BARON. (Mirando á María y yéndose con el Conde.) (Ap.) (Él la olvidará!)

MARIA. (Cayendo en un banco afligida.) Oh! qué desengaño!

(Sebastian ronda en torno de María que continúa pensativa. Quiere hablarla y no se atreve: de pronto da una media vuelta y se va diciendo:)

SEBAST. Chitito! (Váse.)

ESCENA VII.

MARIA.

CANTO.

Ah! Yo me ví en el mundo
desamparada,

y en el amor abrigo
buscó mi alma.
Pobre alma mia!
Olvida tu esperanza!
Tu amor olvida!
Huérfana y esclava,
sin poder amar...
vivir es mi martirio!
morir mi libertad!!

(Se sienta en un banco que hay en el fondo y queda triste y sumida en su dolor. Continúa la orquesta.)

ESCENA VIII.

MARIA sentada en el banco. Por un pequeño ribazo que hay en segundo término, aparecen el MARQUÉS, de capitan, caminando lentamente y mostrando gozar en la vista de aquellos campos. Detrás de él, con la mochila y el fusil acuestas, viene tambien despacio el cabo PERALTA, como quien está fatigado de la marcha. Al ver que su amo se detiene á contemplar la campiña, Peralta se detiene tambien apoyando su brazo en el cañon del fusil y quedándose embebecido en sus reflexiones, mientras el Marqués exclama.

CANTO.

Cuál brilla el sol
en la verde pradera!
Cuál su perfume
despide la flor!
Cuál me acaricia
la brisa suave!...
Qué bella es la vida
que el cielo nos dió!
Placeres de la tierra!
Gloria, amistad, amor!
Ántes que el labio mio
os dé el postrer adios...
Meced cariñosos,

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

meced mi ilusion!
Ah, qué campiña!
Qué claro sol!
Cuán bella es la vida
que el cielo nos dió!

(Se queda contemplando el paisaje.)

PERALTA. (Hablando consigo mismo.)
Pobre cabo Peralta,
qué fatigao
tu cuerpo está!
Por un jergon de paja
pelearía
con Barrabás!
Siempre sin dormir!
siempre sin cenar!
Qué vida tan perra
la del militar!

Á UN TIEMPO.

PERALTA. (Ap.)
(Qué vida tan perra!
Qué vida tan perra
la del militar!)

MARQUÉS. (Ap.)
(Qué bella es la vida!
Qué bella es la vida
que el cielo nos da!)

(Continúa la orquesta en tanto que ellos bajan al proscenio. María no los ve.)

MARQUES. (Á Peralta.)
En dónde estamos?
PERALTA. Yo no lo sé.
MARQUES. Nadie parece.
PERALTA. Nadie se ve.
MARIA. (Los ve y se levanta sorprendida.)
Ah!
MARQUES. (Reparando en ella.) Eh?
PERALTA. (Viéndola y echando el arma al hombro.) Firmes!

(María queda algo turbada. Peralta continúa con el fusil al hombro como haciéndola honor. El Marqués se adelanta y dice graciosamente á María:)

ANDANTINO.

MARQUES. Guarde Dios
á la niña hermosa,
galana y fresca
como la rosa.
PERALTA. (Sin moverse.)
Y es mucha verdad!
MARQUES. Á su puerta
me atrevo á llegar
para que nos dé
hospitalidad.
PERALTA. Y algo de almorzar. (Id.)
MARIA. (Con cortesía.)
Guárdeos Dios,
noble caballero;
albergue y mesa
los dos tendrán.
PERALTA. (Presenta las armas.)
Presenten! arm!

LOS TRES Á UN TIEMPO.

MARQUÉS.
Yo os doy gracias,
oh niña gentil,
y no olvidaré
la hospitalidad.

MARÍA.
En buen hora
llegad, pues aquí
siempre fué un deber
la hospitalidad.

PERALTA.
Con qué gusto
me voy á dormir,
ay, bien haya amen
su hospitalidad.

MARIA. (Al Marqués.)
Venís de la guerra?
MARQUES. Buscándola voy.
MARIA. Su imágen me aterra!
Fortuna os dé Dios.
MARQUES. No espero fortuna,
ni nada en la tierra.
MARIA. Por qué?
MARQUES. Porque ya al mundo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

no pertenezco yo.

PERALTA. (Suspirando.) Ay!

MARIA. Cómo! no entiendo
lo que decis.

PERALTA. (Ay, pobrecillo.)

MARQUES. Oid, oid!
Esas flores
que baña el rocío,
esos campos
de alegre matiz,
ese azul
y purísimo cielo...
no son para mí!
no son para mí!

Á UN TIEMPO.

PERALTA. MARIA.
No son para él! No son para vos!

MARQUES. No son para mí.
De la vida
los dulces placeres,
la esperanza
que da el porvenir,
la fortuna, el amor y la gloria...
no son para mí!
no son para mí!

Á UN TIEMPO.

PERALTA. (Ap.) MARÍA. (Ap.)
No son para él Sin duda cual yo
por vida del Cid! él es infeliz!
Paciencia y chiton; Me inspira piedad
paciencia y sufrir! su oculto sufrir!

MARQUES. Pero la suerte
no logrará
rendir mi buen humor.

No! eso jamás.

MARIA. Dichoso vos entónces.

PERALTA. Ay pobre capitan!

MARQUES. Firme, Peralta;
voto á san!
No pongas esa cara
de sacristan!
Una hora de vida es vida
y es el vivir
gran cosa á fé!

Á UN TIEMPO.

PERALTA. MARÍA. (Ap.)
Sí, que lo es! No, no lo es.
Sí, que lo es! No, no lo es.

MARQUES. En tanto
el placer convida,
di, como yo,
viva el placer!

PERALTA. Viva el placer!

LOS DOS. Viva el placer!

MARQUES. (Alegremente.)
Frescura nos dan las auras,
sus flores nos da el verjel,
las niñas su dulce risa!...
Por qué no gozar? Por qué?

PERALTA. En tanto que haya un jergon
y un vaso de moscatel,
y un cuerpo de alza-pilili?
por qué no gozar? Por qué?

MARIA. (Ap.) (Ay! no! jamás, jamás
dichosa gozaré!
Perdido mi amor ya,
no hay para mí placer.)

MARQUES. Viva el placer!

PERALTA. Viva el placer!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TODOS.

PERALTA. En tanto que haya un jergon, etc.
MARQUES. Frescura nos dan las auras, etc.
MARIA. Ay no! etc.

HABLADO.

PERAL. Ay, perra fortuna!
MARQ. No tanto, cabo Peralta, y la prueba es que hemos encontrado una soberbia quinta y una graciosa jóven... Pero calle!... (Reparando en las lágrimas de María.) Si no me engaño... Habeis llorado?
MARIA. No, no lo creais, señor capitan; es decir... si señor... Por qué negarlo? He llorado... y lloraré toda mi vida!
PERAL. (Zape!)
MARQ. Hablad. Y si puedo seros útil en algo...
MARIA. No señor. No hay remedio para mi mal!
PERAL. Se os ha muerto algun pariente?
MARIA. He perdido á un amigo... ó mejor dicho, el ingrato me ha abandonado á mi desdicha!
MARQ. (Á Peralta.) Pobre jóven!
MARIA. Oh! no me pregunteis más. Dejadme que anuncie vuestra llegada.
MARQ. Tiempo hay. Contadme primero...
MARIA. No. Me es imposible. Dios os guarde, señor capitan.
MARQ. Pero...
MARIA. (Saludándole.) Dios os guarde. (Entra en la casa.)

ESCENA IX.

EL MARQUÉS, PERALTA.

MARQ. (Volviéndose desde la puerta y parado allí, dice á Peralta des-

pues de una pausa.) Ya lo ves.—No soy yo solo el desgraciado.
PERAL. Mi capitan! No hay desdicha mayor que la vuestra en todo el globo terráqueo.
MARQ. (Pensativo.) Sí! Tienes razon! (De pronto con ademan resuelto y jovial.) Qué diablo! Pensemos en descansar. El dia es magnífico y esta quinta deliciosa. (Se sienta.)
PERAL. (Apoyado en su fusil y contemplando de lejos al Marqués.) Un mozo como un trinquete, con un título de marqués... y más dinero que pesa... (Acercándose resuelto y conmovido al Marqués.) No, mi capitan, pa mí no habrá consuelo!
MARQ. (Con acento grave y conciso.) Peralta! Te he prohibido recordarme...
PERAL. (En voz baja.) Ya no chisto.—Pensaré en dormir. (Se vuelve á retirar á cierta distancia.)
MARQ. (Alegremente.) Y yo en almorzar. El fresco de la mañana me ha abierto un apetito...
PERAL. (Creería nadie que este hombre está en vísperas...) (Se queda mirando al Marqués.)
MARQ. Por qué me miras así? Porque quiero almorzar?
PERAL. (Con cierta gravedad.) Eso le pasa á cualquier estómago. Pero cuando os veo tan alegre y tan sereno... en vez de ponerme yo alegre tambien... se me saltan las lágrimas... y se me arruga el corazon! Voto á mil bombas! No hay nadie más grandero que yo, mi capitan. Pero, por vos me vuelvo más blando que un bizcocho!
MARQ. Pues bien, mi fiel Peralta. (Poniéndole la mano sobre el hombro.) Pensar en mi destino, sería hacerme doblemente desgraciado. Y... pues yo soy el que debía llorar y estoy alegre, ocúpate, como yo, en lo presente y nada más. Almorcemos bien. Durmamos como dos bienaventurados. En seguida sigamos nuestra marcha, y cantando unas veces y riendo otras, llegaremos en dos dias al cuartel general enfrente del enemigo, y allí... (Poniéndose de pronto sombrío.) Allí...
PERAL. (Muy triste y con lentitud.) Allí, mi capitan...
MARQ. (Volviéndole la espalda y quedándose inmóvil.) Basta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PERAL. (Ap.) (Ah! la pena le roe por más que me lo oculte.)
MARQ. No, no me abatiré... (De pronto.) Voto á mil diablos!—Nadie sale á darnos de almorzar? Peralta! Embistamos la fortaleza! Voy á intimar la rendicion á los dueños de la quinta!—(Va á entrar.) Mira, mira que alegre viene ese aldeano. Aprende, majadero! (Se dirige riendo á la casa.)

ESCENA X.

PERALTA, SEBASTIAN, que sale de la casa corriendo y alegre.

SEBAST. Ahora sí que va á ser mi mujer.
PERAL. Alto! cara ó pascuas. (El Marqués entra en la casa.)
SEBAST. (Reparando en ellos y deteniéndose.) Calle! dos militares.
PERAL. No hay un vaso de vino pa los granaeros de la Corona?
SEBAST. Aunque sea una tinaja. Hoy convido yo á tó el que se presente.
PERAL. Pues empieza por mí!
SEBAST. Luégo. Cuando me haya casao.
PERAL. Qué! Has enganchao con tu gracia algun pimpollito?
SEBAST. Y de rechupete! Una hembra...
PERAL. Sí? chico, alójame en casa.
SEBAST. (Con ingenuidad.) Yo no tengo casa. Vivo aquí.
PERAL. Mejor.
SEBAST. Y mi amo, el señor Conde, me ha mandado, que ahora mismito vaya á avisar al notario y á mis amigos pa firmar el contrato. Conque... (Yéndose corriendo al fondo.)
PERAL. (Siguiéndolo.) Pero, y ese vino?
SEBAST. Á la vuelta! (Yéndose más aprisa por el ribazo.) Y bailaremos.—Huy! (Salta.)
PERAL. Aspera, desdichao.
SEBAST. Ahí el hortelano tiene aguardiente. (Desapareciendo.)
PERAL. Aguardiente? (Bajando al proscenio.) Pues voy á beber un trago para refrescarme.
BARON. (Saliendo vivamente.) Nada, no hay medio de...
PERAL. Huy! Salerosa! (Pasando junto á ella y dando una media vuelta con aire de taco, entra veloz en la casa.)

BARON. (Se queda mirando con asombro.) Pues me gusta! Quién es ese majadero? Sin duda el asistente del capitan que acaba de presentarse... y que por señas ha llegado en el momento en que yo empezaba á hacer entender al Conde... Qué obcecacion! Por más indirectas que le he dado, no comprende que no quiero casarme con él. Nada! Que el procurador lo desengañe. Esto será lo mejor.—Estúpido! Ocurrírsele mi boda con el tio, cuando existe un sobrino tan simpático, tan amable!

ESCENA XI.

BARONESA, D. CÁRLOS.

CARLOS. (Saliendo apresurado por la izquierda. Trae sombrero, espada y espuelas.) Y bien, señora Baronesa?
BARON. (Cielos! Si habrá escuchado!)
CARLOS. Lográsteis que mi tio consintiera...
BARON. Perdonad... no me he atrevido á intentarlo: me guardareis por eso rencor?
CARLOS. (Desanimado.) No señora. Ningun derecho tengo para inspiraros un interés...
BARON. Oh! Me lo inspirais. Os lo aseguro!... Me lo inspirais... á no poder más... pero... (Dudando.)
CARLOS. Pero vos tambien condenais mi pasion!
BARON. No. (Sonriendo.) La extraño únicamente.
CARLOS. Porque María es pobre?
BARON. Porque vos mereceis una boda mejor.
CARLOS. Ah señora! Esas ideas me prueban que nunca habeis amado.
BARON. Nunca. Me casaron muy niña... y mi difunto esposo vivió siempre léjos de mí.
CARLOS. Por eso no podeis comprender...
BARON. Os equivocais. Yo sé que el amor nace en nuestros corazones sin conocerlo... sin sospecharlo... sin quererlo á veces... Una mirada, una palabra, un eco basta para trastornar nuestro ser, para hacernos sentir esa inquie-

PERAL. (Ap.) (Ah! la pena le roe por más que me lo oculte.)
MARQ. No, no me abatiré... (De pronto.) Voto á mil diablos!—Nadie sale á darnos de almorzar? Peralta! Embistamos la fortaleza! Voy á intimar la rendicion á los dueños de la quinta!—(Va á entrar.) Mira, mira que alegre viene ese aldeano. Aprende, majadero! (Se dirige riendo á la casa.)

ESCENA X.

PERALTA, SEBASTIAN, que sale de la casa corriendo y alegre.

SEBAST. Ahora sí que va á ser mi mujer.
PERAL. Alto! cara ó pascuas. (El Marqués entra en la casa.)
SEBAST. (Reparando en ellos y deteniéndose.) Calle! dos militares.
PERAL. No hay un vaso de vino pa los granaeros de la Corona?
SEBAST. Aunque sea una tinaja. Hoy convido yo á tó el que se presente.
PERAL. Pues empieza por mí!
SEBAST. Luégo. Cuando me haya casao.
PERAL. Qué! Has enganchao con tu gracia algun pimpollito?
SEBAST. Y de rechupete! Una hembra...
PERAL. Sí? chico, alójame en casa.
SEBAST. (Con ingenuidad.) Yo no tengo casa. Vivo aquí.
PERAL. Mejor.
SEBAST. Y mi amo, el señor Conde, me ha mandado, que ahora mismito vaya á avisar al notario y á mis amigos pa firmar el contrato. Conque... (Yéndose corriendo al fondo.)
PERAL. (Siguiéndolo.) Pero, y ese vino?
SEBAST. Á la vuelta! (Yéndose más aprisa por el ribazo.) Y bailaremos.—Huy! (Salta.)
PERAL. Aspera, desdichao.
SEBAST. Ahí el hortelano tiene aguardiente. (Desapareciendo.)
PERAL. Aguardiente? (Bajando al proscenio.) Pues voy á beber un trago para refrescarme.
BARON. (Saliendo vivamente.) Nada, no hay medio de...
PERAL. Huy! Salerosa! (Pasando junto á ella y dando una media vuelta con aire de taco, entra veloz en la casa.)

BARON. (Se queda mirando con asombro.) Pues me gusta! Quién es ese majadero? Sin duda el asistente del capitan que acaba de presentarse... y que por señas ha llegado en el momento en que yo empezaba á hacer entender al Conde... Qué obcecacion! Por más indirectas que le he dado, no comprende que no quiero casarme con él. Nada! Que el procurador lo desengañe. Esto será lo mejor.—Estúpido! Ocurrírsele mi boda con el tio, cuando existe un sobrino tan simpático, tan amable!

ESCENA XI.

BARONESA, D. CÁRLOS.

CARLOS. (Saliendo apresurado por la izquierda. Trae sombrero, espada y espuelas.) Y bien, señora Baronesa?
BARON. (Cielos! Si habrá escuchado!)
CARLOS. Lográsteis que mi tio consintiera...
BARON. Perdonad... no me he atrevido á intentarlo: me guardareis por eso rencor?
CARLOS. (Desanimado.) No señora. Ningun derecho tengo para inspiraros un interés...
BARON. Oh! Me lo inspirais. Os lo aseguro!... Me lo inspirais... á no poder más... pero... (Dudando.)
CARLOS. Pero vos tambien condenais mi pasion!
BARON. No. (Sonriendo.) La extraño únicamente.
CARLOS. Porque María es pobre?
BARON. Porque vos mereceis una boda mejor.
CARLOS. Ah señora! Esas ideas me prueban que nunca habeis amado.
BARON. Nunca. Me casaron muy niña... y mi difunto esposo vivió siempre léjos de mí.
CARLOS. Por eso no podeis comprender...
BARON. Os equivocais. Yo sé que el amor nace en nuestros corazones sin conocerlo... sin sospecharlo... sin quererlo á veces... Una mirada, una palabra, un eco basta para trastornar nuestro ser, para hacernos sentir esa inquie-

tud desconocida que poco á poco nos atormenta y nos halaga, nos alegra y entristece, nos arrastra, en fin, en pos de lo que nuestra propia razon condena...

CARLOS. (Vivamente.) Y decís que nunca habeis amado?...

BARON. Oh! (Riendo.) Pero he leido muchas novelas, y sé todo esto de memoria.

CARLOS. No. Vuestra emocion os contradice.

BARON. Mi emocion... (Á que me he puesto colarada?)

CARLOS. Sin duda vos habeis sufrido alguna vez como yo. Acaso por despecho os casais con el Conde, y ya cual si fuera vuestro sobrino...

BARON. No, no. Poco á poco. Yo no quiero ser vuestra tia; al contrario.

CARLOS. Eh? Qué decís?

MARQ. Dónde está? Dónde está? (Dentro.)

BARON. Viene gente. Adios. (Sube al fondo.)

MARQ. (Apareciendo en la puerta y extendiendo los brazos.) Cárlos!

CARLOS. (Estrechándole en los suyos.) Marqués?

BARON. (Uf! Si este no llega pronto, soy perdida.) (Se va.)

ESCENA XII.

D. CARLOS, el MARQUÉS.

CARLOS. (Todavía abrazados.) Tú aquí!

MARQ. Mi mejor amigo! Mi más fiel compañero! Oh! Ahora sí que partiré más contento.

CARLOS. Á dónde?

MARQ. (Soltándose.) Voy al cuartel general del duque de Vendom. Quise descansar un poco en esta quinta...

CARLOS. Y has visto á mi tio?

MARQ. El buen Conde! Abrazándome como un padre... pero sin darme de almorzar.

CARLOS. Cómo! (Pasando al otro lado.) Voy al punto á disponer...

MARQ. (Lo detiene.) No, deja. (Con cierta emocion.) El ver á un amigo tan querido, es hoy para mi alma un consuelo que tú no puedes comprender. Qué has hecho en estos dos años?

CARLOS. Combatir en Cataluña contra los austriacos.

MARQ. Y siempre con gloria! Oh! sí, conozco tu valor... y nunca olvido el dia en que me salvaste la vida en aquella desastrosa retirada... (Con tristeza pero en tono familiar.) Chico, hiciste mal.

CARLOS. (Sorprendido.) Cómo! Por qué?

MARQ. Es un secreto.—Hablemos de tí.

CARLOS. De mí? Ah! no! Y ahora ménos que nunca.

MARQ. Eh! Qué es eso? Qué tienes?

CARLOS. (Con vehemencia.) Que estoy desesperado.

MARQ. Tú!

CARLOS. Que sería capaz de pegarme un pistoletazo.

MARQ. (Vivamente.) Cárlos! No! La vida es más preciosa de lo que tú crees.

CARLOS. Qué me importa la vida?

MARQ. Cómo! Tan grande es tu infortunio?

CARLOS. Grande! Inmenso! Cruel!

MARQ. (Alarmado.) Qué dices?

CARLOS. Que voy á perder á la que amo.

MARQ. (Burlándose.) Tú, tú, tú, tú.

CARLOS. Te burlas!

MARQ. Y ese es el gran dolor que te atormenta?

CARLOS. Ah! Tú no comprendes!...

MARQ. Cárlos! En el mundo hay desdichas mayores que las tuyas, y el hombre debe tener valor para reirse del destino.

CARLOS. Eso se dice fácilmente.

MARQ. Y se hace! (Pausa.) Aquí donde me ves, yo seria en este momento el hombre más infeliz de la tierra si me entregase á lamentar mi suerte.—Pues bien; lejos de eso, la desprecio, la desafío... y la sufriré con la frente serena y la sonrisa en los labios.

CARLOS. (Con incredulidad.) Tú! tú que eres rico, solo en el mundo, dueño de tu albedrío...

MARQ. Oh! no me envidies.

CARLOS. Qué pesar puedes tener comparable al mio!—Si yo te lo contara...

MARQ. Ya me lo figuro.
CARLOS. No, no tal.
MARQ. Sí. Amas á una mujer que no te corresponde...
CARLOS. Que me quiere mucho.
MARQ. Entónces de qué te quejas?
CARLOS. De que no puedo ser su esposo.
MARQ. Diablo! Es casada?
CARLOS. No.
MARQ. Monja, tal vez?
CARLOS. Tampoco.
MARQ. Pues ya no te comprendo.
CARLOS. Es huérfana, pobre, de humilde cuna, y mi tio, que es su tutor, no consiente en semejante boda.
MARQ. Y eso te arredra?
CARLOS. Sí, Marqués!—Tú sabes los beneficios que debo á mi tio: el respeto, la gratitud me impiden resistir á sus mandatos.
MARQ. Entónces ten paciencia y doblemos la hoja.
CARLOS. No, Marqués, no! Yo no puedo vivir sin María!
MARQ. Chico! Estás hecho un colegial! En qué quedamos!
CARLOS. En que mi desesperacion no tiene límites.
MARQ. Ya te se calmará.
CARLOS. Oh! no.
MARQ. Te digo que sí.
CARLOS. Jamás! Yo juro!...
MARQ. (Remedándole.) Yo juro! Yo protesto! Sí! Sí! Las frases de siempre!
CARLOS. Es que si tú conocieras á María... mira.—Ves aquella jóven que atraviesa el jardin?
MARQ. Calle! la niña que me recibió á mi llegada!
CARLOS. Es ella! La que yo amo! La que quieren casar con otro.
MARQ. Esas tenemos? Por eso lloraba la pobrecita. (Riendo.)
CARLOS. Qué escucho! Ah! no te rias, Marqués, porque ahora sí que soy capaz de quitarme la vida.
MARQ. (Algo serio.) Chico! chico! no exageres.
CARLOS. Te lo juro por mi honor!
MARQ. Estás en tu juicio?

CARLOS. No lo sé.
MARQ. Vaya, vaya. Qué diablo! Tratemos de convencer á tu tio.
CARLOS. Su voluntad es inflexible.
MARQ. Bien. Busquemos otro recurso. (Reflexionando.)
CARLOS. No me queda otro recurso que la muerte.
MARQ. Bonita boda harías entónces.
CARLOS. Todo me es igual.
MARQ. No, por vida mia. Soy tu mejor amigo y no he de abandonarte en tu infortunio. (Continúa reflexionando.)
CARLOS. Tu mediacion sería inútil. Mi tio no quiere que yo me case más que con una mujer que sea rica y de noble condicion!
MARQ. Voto va!
CARLOS. Lo ves? No hay esperanza.
MARQ. (Pausa. De pronto se anima su fisonomía, manifiesta tomar una resolucion importante y dice vivamente á D. Cárlos.) Dime... pero... puesta la mano sobre tu corazon y con la sinceridad de un hombre honrado. (Con gravedad.) Crees firmemente que ese amor es verdadero?
CARLOS. Oh! cual nunca lo he sentido!
MARQ. Que ese amor es la felicidad de tu vida... y que sin María no podrías soportar la existencia? No me engañes... y sobre todo no te engañes á tí mismo.
CARLOS. Te he dicho la verdad.
MARQ. Pues bien. Da gracias á Dios que me ha traido aquí, sin duda para hacerte dichoso!
CARLOS. Qué dices?
MARQ. (Resueltamente.) Que tú te casarás con María.
CARLOS. Cómo!
MARQ. Yo te respondo de ello.
CARLOS. Sería posible!
MARQ. Escucha bien. (Lentamente.) Voy á darte la mayor prueba de amistad que pudieras imaginarte: pero... en cambio necesito que me prometas dos cosas.
CARLOS. Habla.
MARQ. La primera... obedecerme en todo sin pedirme explicacion alguna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARLOS. Lo prometo.
MARQ. La segunda.. Alejarte inmediatamente de la quinta.
CARLOS. Pero...
MARQ. No admito condiciones, ó me retracto.
CARLOS. Y tú me aseguras que de ese modo yo seré esposo de María?
MARQ. Te lo juro á fe de soldado... y por nuestra santa amistad.
CARLOS. Está bien. Ignoro cuáles son tus medios... pero... te conozco lo bastante para creer en tus palabras. Esa mano, Marqués. (Con gravedad.) Pongo en tí mi confianza. Entrego en tus manos mi suerte, mi porvenir... Parto tranquilo.
MARQ. Pero sin volverla á ver, sin despedirte de ella.
CARLOS. Sin despe...
MARQ. (Vivamente.) Lo exijo.
CARLOS. Como quieras.
MARQ. Á dónde te diriges?
CARLOS. A Madrid.
MARQ. Pronto recibirás noticias mias.
CARLOS. No puedo comprender...
MARQ. Ni es necesario. Dame ahora un abrazo... (Lo abraza con emocion.) y acuérdate alguna vez de quien siempre te amó con el cariño de un hermano! Adios!
CARLOS. Eh? Qué significa ese aire conmovido...
MARQ. (Reponiéndose.) Viene gente. Apresúrate....
CARLOS. Es María! (Mirando á la casa.)
MARQ. Vete. No vaciles.
CARLOS. Pero sin decirle...
MARQ. Ni una palabra. Adios.
CARLOS. Ah! Qué va á pensar de mí! (Se va por la izquierda.)
MARQ. (Aquí está!)

ESCENA XIII.

MARQUÉS, MARÍA.

MARIA. (Mirando hácia la izquierda.) (Me ha visto y sin embargo se aleja.) (Deteniéndose.)

MARQ. (Hermosa es, por vida mia!)
MARIA. (Ap.) (Ah! Qué cruel desengaño!)
MARQ. Cómo! Aún estais afligida!
MARIA. No, señor, no.
MARQ. Ah! No teneis franqueza conmigo.
MARIA. Qué os pueden importar mis pesares?
MARQ. (Cogiéndola suavemente de la mano.) Venid aquí. Hablad me sin temor. Como si yo fuera vuestro hermano. Amais á Cárlos tanto como él os ama?
MARIA. Cielos! Quién os ha dicho?...
MARQ. Tranquilizaos. Yo soy su amigo más leal. Él me lo ha contado todo.
MARIA. Todo! Ah! no os habrá dicho que me ha abandonado cobardemente á mi dolor. (Con amargura.)
MARQ. No por cierto. Y ahora mismo, en el momento de ponerse en camino...
MARIA. En camino?... Pues qué?... Don Cárlos ha partido?...
MARQ. Hace un instante.
MARIA. Sin decirme siquiera adios! (Con indignacion.) Ah! eso sería el colmo del desprecio. Aún debe estar en la quinta!
MARQ. Mirad. (Señalando adentro por el fondo.)
MARIA. Cielos! Cruza á caballo por el bosque! Ya se pierde veloz entre los árboles! Ya no le veo! Ah! Qué negra ingratitud!
MARQ. Calmaos. Yo quedo aquí para asegurar vuestra dicha.
MARIA. (Sorprendida) Vos!
MARQ. Y en cuanto á Cárlos...
MARIA. No le nombreis.—Ya nada tiene que esperar de mí. (Con resolucion.)
MARQ. Pero ese matrimonio á que el Conde quiere obligaros...
MARIA. Ah! si en efecto os interesais por mi suerte, haced que no se verifique semejante boda! Que me dejen morir en un convento!
CONDE. (Dentro.) María! María!
MARIA. La voz del Conde!
MARQ. No podia llegar más á tiempo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARIA. Oh! Yo me marcho.
MARQ. No, quedaos.
MARIA. Pero qué pretendeis?
MARQ. Salvaros.
MARQ. Cómo! Explicaos.
MARQ. Desconfiais de mí!
MARIA. Os creo noble y sincero!
MARQ. Silencio. Él es.

ESCENA XIV.

DICHOS, CONDE, PERALTA, BARONESA, ALDEANOS y ALDEANAS.

CONDE. Adelante, muchachos... Sebastian no tardará en llegar con el notario.
MARIA. (Estremeciéndose.) Cielos!
BARON. (Sin duda ha partido ya.)
PERAL. Ole! Y cómo me voy á poner el cuerpo de baile!
CONDE. (Cogiendo á María de la mano.) Qué es eso? Todavía estás así? Ni siquiera te has puesto una flor?
MARQ. (En voz alta y sonriendo.) Calle! Qué preparativos son estos, señor Conde?
CONDE. Á propósito! Cuento con vos, Marqués.
MARQ. Sepamos de qué se trata.
CONDE. De la boda de esta jóven, que es mi protegida.
MARQ. Perdonad, amigo mio: pero yo tengo ántes que cumplir aquí un deber sagrado.
CONDE. Cómo!
MARQ. La casualidad me ha hecho conocer los secretos sentimientos de esta jóven...
CONDE. (Con extrañeza.) Á vos!
MARQ. Hemos tenido una explicacion franca y sincera...
CONDE. (Con severidad.) María, semejante imprudencia...
MARIA. Ah! señor! No desoigais su ruego! No me negueis el último recurso que me queda.
CONDE. Qué quieres decir?
MARQ. (Con decision.) Que esa boda que habeis resuelto es imposible.

CONDE. Imposible! Por qué razon?
MARQ. Por una muy sencilla, señor Conde. (En tono solemne y decidido.) Yo, marqués de San Estéban, y capitan del Rey, os pido á esta jóven por esposa.
CONDE. Vos!
PERALTA. Zape!
MARIA. Él!
BARON. Calle!
(Á un tiempo. Murmullos entre los Aldeanos.)
MARIA. Ah! qué infame traicion! (Mirando indignada al Marqués.)

MUSICA.

RINAL.

MARQUES. Su rara hermosura
su dulce candor
cautivan mi alma,
conquistan mi amor.

Á UN TIEMPO.

BARONESA y CONDE. Absorta / Absorto me deja, y á fé de quien soy no puedo explicarme tan súbito amor.

MARIA. Qué intriga es aquesta? Qué horrible traicion? Turbada y atónita sucumbo al dolor!

ALDEANOS. Soñar no pudiera fortuna mayor! Todito un marqués la rinde su amor.

PERALTA. Mi capitan... no hay más! El pesquis ya perdió!

PERALTA. Mas cómo demonio tal boda fraguó quien más que en amores pensar debe en Dios?

MARIA. Turbada y atónita sucumbo al dolor.

BARON, ALD. COND. PER. Quién puede explicarse tan súbito amor?

MARQUES. Su rara hermosura conquista mi amo! r

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARQUES. Señor Conde,
á mi demanda
en el acto
responded.

PERALTA. (Qué prisa tiene!)

CONDE. (Indeciso.)
Mas tal enlace...

MARQUES. Yo lo ambiciono
y ella tambien.

MARIA. Yo!

(El Marqués la impide continuar con una seña.)

BARONESA. Quién diría...

MARIA. (Sin vida estoy!)

CONDE. En ese caso,
señor Marqués...
vuestra es su mano.

ALDEANOS. Viva!

MARIA. Gran Dios!

MARQUES. Hoy mismo ha de ser mia!
No admito dilacion!

MARIA. (Pasando al lado del Conde.)
Y vos consentireis!...

CONDE. Tu dicha quiero yo,
y entre él y Sebastian
quién duda en la eleccion?

MARIA. (Aterrada.)
Sebastian!
Qué horror!

(Se oye en este momento una música campestre que se va acercando. Los aldeanos y aldeanas corren al foro y exclaman mirando adentro.)

ALDEANOS. Ya vienen, ya vienen!
mirad hácia allí.
Ya vienen tocando
la gaita y violin.

MARQUES. (Mirando.)
Qué música es esa?

SEBASTIAN. (Dentro.)
Muchachos, aquí!

PERALTA. (Al Marqués.)
El otro futuro!

MARQUES. (Acordándose de Sebastian.)
El otro!

ALDEANOS. Acudid.

(Sale corriendo Sebastian con el notario y aldeanos con instrumentos.)

SEBASTIAN. Que viva mi novia!

ALDEANOS. Mil años y mil!

SEBASTIAN. Llegad, seor notario:
mirad qué gentil!

MARQUES. (Su novia María!)

MARIA. Qué hacer! Ay de mí!

ALDEANOS. (Burlándose de él.)
Já! já! Qué simplon!

SEBASTIAN. Oh boda feliz!

ALDEANOS. Já! já! Qué simplon!

SEBASTIAN. Oh boda feliz!

Señor conde,
con vuestro permiso,
de esposo la mano
le doy á mi bella.

(Va á dar la mano á María.)

MARQUES. Señor novio.
con vuestro permiso,

(Se interpone y toma la mano de María sonriendo.)

yo soy quien ahora
me caso con ella.

ALDEANOS. Já, já, já!

SEBASTIAN. (Estupefacto.)
Qué demonio dice?

ALDEANOS. Já, já, já!

CONDE.
PERALTA.
BARON. } Que el marido es él.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
32852

ALDEANOS. Já, já, já!
SEBASTIAN. Pues y yo qué soy? (Llorando.)
ALDEANOS. Cállese y respete
al señor Marqués.

(Los Aldeanos le echan á empellones.)

MARQUES. (Cogiendo á María una mano.)
Niña donosa,
cándida esposa,
cese tu lloro,
cese tu mal.
El santo nudo
que hoy te encadena,
será tu aurora
de libertad. (Retirando indignada su mano.)

TODOS Á UN TIEMPO.

MARIA.
Ya nada quiero,
ya nada espero,
ya no hay alivio
para mi mal.
El duro lazo
que hoy me encadena,
fin á mi vida
pronto dará.

PEBALTA. (Ap.
Es una mosa
jacarandosa
con mucho garbo,
con mucha sal.
Mas de qué sirve
tal matrimonio
al desdichao
del capitan.

SEBASTIAN.
Me la birlaron!
no hay duda ya!
me la birlaron
sin más ni más.
Ay, Mariquita,
mi dulce iman,
no halla consuelo
tu Sebastian.

CONDE, BARONESA, ALD.
Niña dichosa,
cándida esposa,
suerte propicia
te halaga ya.
El dulce nudo
que hoy te encadena,
es tu segura
felicidad.

(María cae sin sentido en brazos de algunas aldeanas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon elegante. Tres puertas al fondo. La de en medio da á una antesala. Las otras á dos gabinetes. Á la derecha, en primer término, una puerta; y en segundo una ventana. Á la izquierda lo mismo. Sofá, consolas y espejos, un velador, un piano á la izquierda del público y en primer término.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION.

SEBASTIAN, ALDEANOS.

Al levantarse el telon se ve á Sebastian en medio de la escena y en ademan reflexivo, apoyándose de brazos en un escobon de cerdas. Los Aldeanos salen poquito á poco por el fondo y se dicen unos á otros, observando á Sebastian.

ALDEANOS. Vedle qué pensativo,
qué caviloso está.
(Acercándosele.)
Jé! Sebastian! Qué tienes?
Chico! despierta ya.
SEBASTIAN. Por dónde habeis entrado?
ALDEANOS. Qué mosca te ha picado?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALDEANOS. Já, já, já!
SEBASTIAN. Pues y yo qué soy? (Llorando.)
ALDEANOS. Cállese y respete
al señor Marqués.

(Los Aldeanos le echan á empellones.)

MARQUES. (Cogiendo á María una mano.)
Niña donosa,
cándida esposa,
cese tu lloro,
cese tu mal.
El santo nudo
que hoy te encadena,
será tu aurora
de libertad. (Retirando indignada su mano.)

TODOS Á UN TIEMPO.

MARIA.
Ya nada quiero,
ya nada espero,
ya no hay alivio
para mi mal.
El duro lazo
que hoy me encadena,
fin á mi vida
pronto dará.

PEBALTA. (Ap.
Es una mosa
jacarandosa
con mucho garbo,
con mucha sal.
Mas de qué sirve
tal matrimonio
al desdichao
del capitan.

SEBASTIAN.
Me la birlaron!
no hay duda ya!
me la birlaron
sin más ni más.
Ay, Mariquita,
mi dulce iman,
no halla consuelo
tu Sebastian.

CONDE, BARONESA, ALD.
Niña dichosa,
cándida esposa,
suerte propicia
te halaga ya.
El dulce nudo
que hoy te encadena,
es tu segura
felicidad.

(María cae sin sentido en brazos de algunas aldeanas.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon elegante. Tres puertas al fondo. La de en medio da á una antesala. Las otras á dos gabinetes. Á la derecha, en primer término, una puerta; y en segundo una ventana. Á la izquierda lo mismo. Sofá, consolas y espejos, un velador, un piano á la izquierda del público y en primer término.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION.

SEBASTIAN, ALDEANOS.

Al levantarse el telon se ve á Sebastian en medio de la escena y en ademan reflexivo, apoyándose de brazos en un escobon de cerdas. Los Aldeanos salen poquito á poco por el fondo y se dicen unos á otros, observando á Sebastian.

ALDEANOS. Vedle qué pensativo,
qué caviloso está.
(Acercándosele.)
Jé! Sebastian! Qué tienes?
Chico! despierta ya.
SEBASTIAN. Por dónde habeis entrado?
ALDEANOS. Qué mosca te ha picado?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SEBASTIAN. (Con misterio.)
Chiton, que no nos oigan.
ALDEANOS. Qué pasa?
SEBASTIAN. Chiss! Callad.
Me ocurren ciertas dudas
y os quiero consultar.
ALDEANOS. Qué es ello?
SEBASTIAN. Á mis preguntas
respondan sin tardar.
ALDEANOS. Empieza ya.
SEBASTIAN. Por quién un buen marido
se muestra dulce y fiel?
ALDEANOS. Por su mujer.
SEBASTIAN. Por quien se afana y siente
ya pena, ya placer?
ALDEANOS. Por su mujer.
SEBASTIAN. Por quién vive feliz?
ALDEANOS. Por su mujer.
SEBASTIAN. Por quién rabia tambien?
ALDEANOS. Por su mujer.
SEBASTIAN. Total,
que á un buen marido
todo le pasa
por su mujer.
ALDEANOS. Por su mujer.

SEBASTIAN. Pues cómo, si es asi,
sucede que al Marqués
no se le importa un rábano
de su mujer?
ALDEANOS. Esa noticia
que tú nos das,
há tiempo corre
por el lugar.
SEBASTIAN. Y qué se dice?
ALDEANOS. Escucha y lo sabrás.

Dicen que María

llora sin cesar.
Dicen que el marido
no la quiere ya.
Dicen que en su cuarto
vive cada cual,
y que no se hablan
ni se miran más.
Dicen que esta boda
fué casualidad;
dicen que la chica
quiere á otro galan.
Dicen que este embrollo
puede acabar mal,
y que el mismo Conde
se arrepiente ya.
Esto se murmura,
esto se asegura,
no falta quien jura
que es todo verdad.
Con el curioseo
cunde el chismorreo,
y oyes noche y dia
por la vecindad...
chú, chú, chú, chú,
(Imitando el murmullo de los que hablan callandito.)
á este y aquel,
chú, chú, chú, chú,
cuchichear.
SEBASTIAN. (Admirado.)
Chú, chú, chú, chú?
ALDEANOS. Chú, chú, chú, chú,
aquí y allí
cuchichear.

HABLADO.

SEBAST. Digo, si ha trascendido la cosa!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ALD. 1.° Y tú, qué más has visto?

SEBAST. Yo?—He visto... en primer lugar, que me quedé sin novia.

ALD. 1.° Toma! Eso ya lo sabemos.

SEBAST. Y en segundo... que una hora despues firmaron el contrato el Marqués y Mariquita, y se casaron al otro dia en la capilla de la quinta.—Pero aquí entra lo grande. Lo mismo fué echarles el cura la bendicion, Mariquita cayó desmayá, el Marqués se quedó muy pensativo y desde ese momento... ná.

ALD. 1.° Cómo ná?

SEBAST. Quiero ecir que... no me entiendes, jumento.—El marío y la mujer se separaron en la capilla, y el uno vive en el pabellon del jardin... y la otra en sus habitaciones.

ALD. Y qué dices tú á eso?

SEBAST. Qué digo?—Que si yo me hubiera casao con ella... no viviría en el pabellon del jardin.

ALD. Boda más rara...

SEBAST. Ya tiene un mes de fecha... y toavía no me la he podío explicar.—Es verdad que tampoco estaba pa cavilar mucho... con los sustos que nos han dao esos malditos austriacos.

ALD. Ya no ha quedao ninguno por estos contornos.

SEBAST. Sí. Ayer levantaron el campo, segun se asegura; pero lo cierto es que tenían el país por suyo... que habían interceptao los caminos... y que por milagro é Dios no han venío á registrar la quinta. Así es que ni la Baronesa ha podido volverse á Madrid... ni nenguno é nosotros asoma las narices más allá de la aldea. Digo, si descubren al Marqués y á su asistente...

ALD. Mira, mira, no es María aquella que viene allí tan cabizbaja?

SEBAST. La misma.. Idos, no sea que se enfade de encontraros.

ALD. Por qué?

SEBAST. Porque no quiere ver á nadie... (Enfadándose.) Y sobre tó porque este no es sitio para venir á curiosear. Marchaos.

ALD. Pero nos contarás á la tarde lo que hoy ocurra?

SEBAST. Sí, sí. Apretad el paso... y bajad por esa escalera... que da al parque! (Vánse los Aldeanos por la primera puerta derecha.) Acabemos de arreglar este cuarto. (Coloca los sillones.) Y estas flores que tanto le gustan... Aquí, delante del espejo. Ella es. Siempre que la miro me da un... vamos, no lo puedo remediar. Todavía me brinca el corazon... como el dia en que iba á casarme con ella.

ESCENA II.

SEBASTIAN, MARÍA pensativa, con una flor en la mano, sale andando lentamente y se sienta junto al velador, á la derecha.

SEBAST. (Me parece que está hoy más pensativa que nunca.)

MARIA. Eres tú, Sebastian! (Reparando en él.)

SEBAST. Sí, señora marquesa.

MARIA. No me des ese título. Te lo ruego.

SEBAST. Corriente. Si quereis que os apee el tratamiento... (Más hermosa está que una sultana.)

MARIA. (Necia de mí.) (Mira la flor que tiene en la mano y la tira desdeñosamente.)

SEBAST. Yo no deseo otra cosa.

MARIA. (Lenta y tristemente.) Sí, Sebastian; háblame como en otro tiempo. Tú eres la única persona que aquí me inspira confianza, el único amigo que en el mundo me queda.

SEBAST. Es verdad. Yo soy vuestro mejor amigo... á pesar de que hace un mes...

MARIA. Hace un mes! Cuán feliz era yo entónces!

SEBAST. Y ahora sois desgraciá, no es así! Y todo por culpa de ese Marqués maldi...

MARIA. (Interrumpiéndole.) Sebastian... Yo quiero que se respete mucho al que me ha dado su nombre. (Pausa.)

SEBAST. (No me ha dejao desahogarme.)

MARIA. Ántes de unirme á él... hubiera preferido morir. Ahora

mi deber es resignarme á mi destino.

SEBAST. Pues! Resignarse! Vivir sola penando noche y dia! No os hubiera sucedido eso con Sebastian.

MARIA. Ya sabes que te quiero como á un hermano.

SEBAST. Sí. Ya sé que de todas maneras me habríais dao calabazas. Pero al ménos... Por qué no os han casao con el señorito don Cárlos?

MARIA. (Con sonrisa amarga.) Don Cárlos! Si, don Cárlos, que me abandonó apenas su tio le amenazó con su enojo! Don Cárlos, que desapareció de la quinta sin darme siquiera un adios!... Quién sabe, en fin, si él mismo no inspiró al Marqués la idea de esta boda, para deshacerse de mí?

SEBAST. Calle! Pues quizá...

MARIA. (Vivamente.) No lo sé. No lo quiero saber. No debo ya pensar más que en lo presente, que me confunde: en lo porvenir... que me aterra!

SEBAST. Eh! No hay que amilanarse. Qué diablo! Despues de tó... el Marqués es un gallardo mozo... y si fuera algo más fino y más amable...

MARIA. Oh! lo que es amable siempre lo es conmigo.

SEBAST. Pero os trata como á una persona extraña.

MARIA. (Pensativa.) Eso sí.

SEBAST. Nunca os ve más que cuando hay gente delante.. Nunca os dice una lisonja... nunca os hace una fineza...

MARIA. Hoy por la vez primera me ha dado esa flor.. que por cierto no he querido guardar.

SEBAST. Veis? ya empieza á enmendarse.

MARIA. Sí! En toda la mañana me habia dirigido la palabra. No tenía conversacion más que para la Baronesa.

SEBAST. Lo cual os habrá puesto de mal humor.

MARIA. Á mí? Te figuras tal vez que yo le amo?

SEBAST. Ni se me ha ocurrio siquiera.

MARIA. El Marqués me es completamente indiferente. Pero... ya que por desgracia soy esposa suya... tengo derecho á no hacer un mal papel delante de nadie.

SEBAST. Eso es hablar en regla. Y si os resolviérais á decírselo á él...

MARIA. (Se levanta.) Estoy resuelta á ello. Con esta boda me ha hecho desgraciada. Por qué, además, ha de humillarme? Qué se propone ese hombre, para observar conmigo tan extraña conducta? Corre, Sebastian; busca al Marqués; dile que necesito hablarle; que le espero.

SEBAST. Ajá! Basta de sufrir. Señor, si por más que cavilo no me puedo explicar...

CONDE. (Dentro.) Esto no se comprende!

SEBAST. Calle! Tambien me parece que el amo anda confundido.

MARIA. (Yendo á mirar al fondo.) Y viene hácia aquí! Es extraño. Nunca ha entrado en mis habitaciones desde que me casé...

SEBAST. (Ap.) (Pobre señor! Pues no había á quien estorbar.)

ESCENA III.

DICHOS, EL CONDE.

CONDE. (Saliendo muy agitado.) Sebastian! retírate.

SEBAST. (Cristo, que enfadao viene!)

CONDE. Retírate al punto.

MARIA. (Dios mio! Qué habrá pasado?)

SEBAST. (Cáspita! Está echando bombas.) (Váse.)

MARIA. ¿Qué teneis? Señor Conde?

CONDE. Nos pueden oir? (Mirando.) No. Me olvidaba que no hay aquí nadie más que tú. (Colérico.) Y ya me explico por qué?

MARIA. Sí? Ah decídmelo.

CONDE. Marquesa!!! Ahora hablo con la mujer del Marqués. Estamos sobre un volcan.

MARIA. No comprendo...

CONDE. Pero como yo sé tirar á la pistola... y donde pongo el ojo pongo la bala... no se reirán de nosotros.

MARIA. Quiénes?

CONDE. Hola, hola! No hay más que hacer el amor á cuántas mujeres se presentan? Nos veremos, señor Marqués, nos veremos.

MARIA. Qué decís? El Marqués... (Alarmada.)

CONDE. El Marqués es un libertino... y te lo vengo á contar expresamente. Añadiendo, que pues los austriacos nos dejan en paz, es preciso que por el bien de todos, os marcheis de la quinta lo más pronto posible.

MARIA. Pero qué pasa? (El Conde la coge de la mano y la lleva á la ventana.)

CONDE. Mira. Lo ves? Lo ves del brazo de la Baronesa?. Lo ves cómo se rie con ella!

MARIA. (Separándose.) Oh! quitémonos de aquí.

CONDE. San Telmo! Le coge la mano!

MARIA. La mano? (Volviéndose con agitacion.)

CONDE. Ay, que se la va á besar. Jé! Chiss! Caballero! (Gesticula desde la ventana.)

MARIA. (Ap.) (Qué infamia!)

CONDE. Baronesa! (Gritando muy enfadado y sacando el cuerpo fuera de la ventana.) Ya me han visto. (Á María en su voz natural.) Ella se dirige hácia aquí! Pero se rie! Y él se rie tambien!. (Viniendo al lado de María.) De qué se rien? Dílo francamente, de qué se rien?

MARIA. Qué sé yo? (Ah! esto es demasiado!)

CONDE. Hé aquí el volcan de que yo te hablaba! Qué escándalo! Un hombre que se casa y en el acto deja á su mujer para buscar la del vecino! Qué marido hace eso tan pronto?

MARIA. (No: jamás le perdonaré.)

CONDE. Voy á buscarle.

MARIA. Á buscarle?

CONDE. Sí. Y en cuanto á esa señora que tan esquiva se muestra conmigo y tan afable con él...

MARIA. Pero reflexionad...

CONDE. Nada! Yo no temo á los lances.

MARIA. Un lance! Dios mio! Deteneos!

CONDE. No.

MARIA. Yo os lo ruego.

CONDE. Tengo toda la sangre á la cabeza! Déjame salir!

BARON. (Apareciendo en el fondo.) Já! já! já!

CONDE. Eh! (Sorprendido y retrocediendo.) Já! já! já! já! (Adelantándose.)

CANTO.

BARON. (Saliendo.)

Oh, qué Marqués
tan singular!
Haciéndome la córte
me sigue sin cesar!
Já! já! já! já! (Rie.)

Á UN TIEMPO.

MARIA. (Oh, qué traicion infame?)

CONDE. (Me gusta la frescura!)

BARON. Já! já! já! já!

MARIA. (No puedo sufrir más!)

CONDE. (Yo estoy para estallar!)

MARIA. (Ah, qué traicion infame!
No puedo sufrir más!
Los celos y el despecho
la muerte me darán.)

BARON. No, no, no, no.
Já! já! já! já!
Contarlo no me deja
la risa que me da.

CONDE. (Me gusta la frescura.
Yo estoy para estallar!
Su risa me sofoca!
No ví descaro igual!)

BARON. (Con aire burlon.)

El caso es singular.
Blandamente murmurando,
dulcemente suspirando,
muy quedito...
Pobrecito! (Riendo.)
paso á paso me siguió.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Á su voz enamorada
me detengo en la enramada;
y burlona
me sonrío
maliciando su intencion.
Me saluda,
le saludo,
un momento incierta dudo;
se me acerca;
yo le miro
con fingida turbacion,
y él exclama
tiernamente
presentándome una flor.
(Imitando la voz y las maneras del Marqués.)
«Aceptad
»esta rosa temprana,
»no tan bella,
»señora, cual vos!
»Y al afan
»de mi pecho responda
»una sola
»palabra de amor.»
¿Cómo á mis piés?
(Con voz natural.)
«Ah Baronesa!»
(Voz de hombre.)
Pero Marqués!
(Natural.)
«Ah por favor!
(De hombre.)
Baronesa!!»
Qué?
(Natural.)
«Baronesa!
(De hombre.)
»Esa mano!!!»

.....
Y la besó!
(Voz natural, afectando sencillez, sonriendo y mirando al Conde y á María.)

BARON. (Alegremente.)
Já! já! de veras rio.
Oh!
Ah!!! Qué lance singular!
No, no, no!
Tan raro desvarío
no pude sospechar!

TODOS.

MARIA y CONDE. Qué indigno desvarío!
Oh!
Qué afrenta! Qué maldad!
No, no, no,
no puede el pecho mio
su agravio perdonar.

BARON. Já! já! de veras rio, etc., etc.

HABLADO

BARON. Hacerme una declaracion en toda regla! (Al Conde.)

CONDE. Si es muy chusco! (Lo voy á pasar de parte á parte.)

BARON. Convengamos en que teneis un marido muy original.

MARIA. (Despacio y queriendo sonreir para ocultar su indignacion.) Seguramente, señora Baronesa... Y... lo peor es que como encuentra quien lo aplauda y celebre... no me queda esperanza de verle seguir otro mejor camino.

BARON. (Despues de una pausa y mirándola con sumo desden.) Aaaah!!!

MARIA. Por lo demas... haceis bien en reiros de esa declaracion. Al Marqués le gusta pasar alegremente el rato... y en ello no hay peligro... porque no se enamora de nadie.

BARON. (Con altivez.) María, esas palabras...

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo 1625 MONTERREY, MEXICO

MARIA. (Con dignidad.) Perdonad. Soy la marquesa de San Estéban.

BARON. Pues bien, tened entendido...

MARIA. (Sonriendo.) Oh! esto no vale la pena de enfadarse!

BARON. (Imitándola.) Líbreme Dios! Qué ha de valer? (Riendo.)

MARIA. Con vuestro permiso, Baronesa!

BARON. (Con sarcasmo.) Marquesa... ya lo teneis.

MARIA. (Vivamente.) (Ah, qué hipócrita.)

BARON. (Uf! Qué fastidiosa!)

MARIA. Adios, señora. (Ceremoniosamente.)

BARON. Adios, señora. (Imitándola.) Já! já! já! (Soltando una carcajada al irse María, que entra por la primera puerta izquierda.)

CONDE. (Otra vez la vuelve la risa?)

BARON. Qué apostamos á que vuestra María tiene celos de mí? Qué ridiculez!

CONDE. Ah! Vos llamais ridiculez...

BARON. (Con dignidad.) Por no calificarlo más sériamente, caballero. Darme celes con el Marques, con un hombre casado, es un insulto grave, muy grave... y que no estoy dispuesta á tolerar de ella ni de nadie.

CONDE. Pues bien. En ese caso, al Marqués únicamente es á quien yo debo dirigirme, para impedir...

BARON. (Friamente.) El qué? Lo que sin duda no puede ser otra cosa que una galantería inocente? Os he visto gesticulando en esa ventana, señor Conde, y á la verdad que... no habeis contribuido poco á mi buen humor. (Rie.)

CONDE. Es decir, que os habré parecido un Juan de las Viñas?

BARON. Oh! Oh! Qué ideas.—Hablemos de otra cosa. Habeis recibido nuevas de vuestro sobrino don Cárlos?

CONDE. Ninguna.

BARON. Es particular!

CONDE. No por cierto. Las tropas del Archiduque habrán tal vez interceptado los correos... Qué bien os sienta ese peinado, Baronesa.

BARON. Gracias. Y vos le habeis escrito?

CONDE. Estais encantadora.

BARON. Gracias.—Dónde creeis que se halle á estas horas?

CONDE. Por qué no me escuchais?

BARON. Pero amigo mio, no quereis comprender que no puedo aceptar vuestro amor?

CONDE. Baronesa, dadme una estocada ántes de hablarme así.

BARON. Conde, los austriacos están ya lejos. Más vale que me vuelva hoy mismo á la córte.

CONDE. No.

BARON. Cómo no?

CONDE. No os ireis sin consentir en nuestra boda! Sin que yo... Baronesa! Baronesa! (Le coge una mano.)

BARON. Qué haceis? Soltad.

CONDE. Imposible. Yo necesito estrechar esta mano! Sellar con mis labios en ella... (Va á besarla.)

PERAL. Estorbo? (Saliendo con dos bujías por el fondo.)

BARON. Ah! (Huye y se va por el fondo.)

CONDE. Reniego de tu estampa. Quién te ha mandado venir?

PERAL. Yo. Había inconveniente?

CONDE. Eh! Llévete el diablo! (Yéndose.)

PERAL. Gracias! (Con las bujías en la mano.) (Solo.) Canela, y cómo se aplica su mercé! Pongamos aquí estas palmatorias. (Pone las bujías sobre el piano.) No sé por qué se me figura que hay novedá. Mi capitan acaba de decirme... Peralta, la Marquesa me ha enviado á llamar, ve á noticiarla que pasaré á verla en seguida. Y luégo se puso así... ensimismao. (Pensativo) Lléveme el diablo si comprendo... Quitarle á un amigo la novia... y despues no hacer caso de ella! De una muchacha que... Ay! si esta capitana mandara mi compañía. (De pronto y echándose la gorra atrás.) Huyuyui. (Se pone serio vivamente y entra en el cuarto de la izquierda diciendo muy grave:) Vamos á dar la consigna! (Se va.)

ESCENA IV.

D. CÁRLOS sale con precaucion por la puerta primera derecha.

CANTO.

CARLOS. Gracias, fortuna mia,

nadie me vió llegar,
cerca de mi María
debo sin duda estar.

Esa es la misma ventana
(Señalando á la derecha.)
adonde mi bella
graciosa y galana
solía asomar.
Yo al despuntar la mañana
al pie de ese muro
mi amante querella
venía á contar.
Templo de mi alegría,
cara mansion feliz,
desde que yo partí...
qué ha sido de tí?
Dí, qué ha sido de tí?

Ecos de esta morada
sonad en mi oido,
sonad!
Repetid los acentos
que un labio querido
dejará escapar.
Con dulcísimo arrullo
las penas de ausencia
borrad!
Y á mi hermosa María
mi voz que la llama,
veloces, llevad!

HABLADO.

CARLOS. Oh! Mentira me parece que me encuentro de nuevo aquí! Un mes sin recibir noticia alguna, sin saber nada de lo que el Marqués me prometió... Por fortuna el

ejército se ha situado á tres leguas de esta quinta y he podido arriesgarme á dejar el campamento y venir sin nadie... Qué silencio! Qué soledad!. Ese corredor conduce al cuarto de María. Sepamos de una vez. (Va á entrar y sale Peralta.)

PERAL. Quién vive?

CARLOS. Peralta, eres tú?

PERAL. (Retrocediendo.) María Santísima! El otro!

CARLOS. Qué tienes?

PERAL. (Vacilando.) Ná! La sorpresa...

CARLOS. Y el Marqués?

PERAL. Hecho una manzana.

CARLOS. Pero... no comprendo... cómo estais aún en la quinta?

PERAL. Por... porque este país es tan hermoso... y tan saludable... (Aguántate, Peralta.)

CARLOS. Y en qué consiste que el Marqués no me ha escrito?

PERAL. Ha estao tan ocupao su mercé... y luégo... esos perros austriacos no dejaban pasar ni aun las moscas...

CARLOS. Sí! Ya adivino... Pero ahora que estoy aquí... aunque no quiero que mi tio lo sepa. (Cogiéndole de la mano.) Vamos... Peralta, tú que no te has separado de tu amo... no tienes ninguna buena noticia que darme?

PERAL. Yo? (Aquí te quiero, escopeta.)

CARLOS. Se puso el Marqués de acuerdo con María? Logró que mi tio consintiera...

PERAL. (Malo!)

CARLOS. Habla, dí.

PERAL. Lo que es de acuerdo... no lo están mucho que digamos. (Ya me voy aturdiendo.)

CARLOS. Cómo! Por qué?

PERAL. Por... ya se vé; fué una cosa tan repentina... (Que te resbalas, Peralta, que te resbalas!!)

CARLOS. No te entiendo.

PERAL. Llamaré al capitan para que lo explique. (Dirigiéndose al fondo velozmente.)

CARLOS. No, espera. (Peralta se detiene aturdido.) Por qué te turbas? Qué diablo! Ignoras que yo partí de acuerdo con

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el Marqués? Que ambos convenimos...

PERAL. (Viniendo al lado de D. Cárlos.) Calle! Es posible?

CARLOS. Como lo oyes.

PERAL. (Ap.) (Pues vaya un convenio particular!)

CARLOS. Conque... no temas: cuéntame... Qué es lo que pasó?

PERAL. (Con desconfianza.) Pero vos estais en autos...

CARLOS. Sí, hombre, sí.

PERAL. (Decidiéndose.) Ea! Pues enténces le diré que tó pasó á pedir de boca.

CARLOS. Oh! qué alegría me das!

PERAL. (Alegre.) De veras? (Ap. y con asombro.) (Esto sí que es grande!)

CARLOS. Sigue, sigue.

PERAL. Ná! el capitan se presentó al señor Conde... y quedó arreglá la boda en el acto.

CARLOS. Qué felicidad! (Alegre.)

PERAL. El marío y la mujer fueron á la capilla...

CARLOS. Eh? (Extrañándose.)

PERAL. Y con cuatro latines y dos guisopasos...

CARLOS. Qué estás diciendo? De quién hablas?

PERAL. De mi capitan.

CARLOS. Pero qué marido es ese?

PERAL. Mi capitan.

CARLOS. Y dices que María fué á la capilla y se casó?...

PERAL. Con mi capitan. (El Marqués aparece en el fondo y se detiene.)

CARLOS. Tú mientes, miserable! (Cogiéndole del brazo.) Eso es imposible!

PERAL. (Asustado.) (Canastos, que no lo sabía.)

CARLOS. María esposa del Marqués? Responde! Dí que es mentira.

PERAL. Cómo he de decirlo si es verdad?

CARLOS. Luego ella me ha sido infiel!

PERAL. Por lo visto.

CARLOS. Luego tu capitan es un traidor! Un infame!

PERAL. Mi teniente... No le insulteis.

CARLOS. Le insultaré! Le mataré! Sí! Al punto! Su vida ó la mia... (En este momento el Marqués aparece en la puerta del fondo, en donde se detiene. D. Cárlos al verlo tira de la espada

y se dirige véloz hácia él.) Ah!!!

PERAL. Eso no. (Corriendo tambien hácia el fondo.)

MARQ. Peralta! (Peralta se detiene. Larga pausa.)

CARLOS. Estabas ahí!

MARQ. (Con gran calma.) Ya lo ves.

CARLOS. Me has oido?

MARQ. Sí.

CARLOS. Y no te defiendes?

MARQ. No tal.

CARLOS. Apesar de haberte unido á la mujer que yo amo!

MARQ. Por eso mismo. (Sin moverse de la puerta.)

CARLOS. Ah! Tú no has contado con que yo voy á matarte te defiendas ó no.

PERAL. Voto á mil...

MARQ. Chito! (Á Peralta.) Eres un loco. (Á Cárlos.)

CARLOS. Marqués!

MARQ. Y vas á envainar esa espada al momento.

CARLOS. Yo!

MARQ. Si quieres que me bata contigo.

CARLOS. Ah! Está bien. (Envaina la espada y se dirige al proscenio.)

MARQ. Retírate. (Á Peralta.)

PERAL. Pero... (Dudando en irse.)

MARQ. (Vivamente y con severidad.) Qué es eso?

PERAL. Obedezco, mi capitan. (Yéndose, y en tanto el Marqués baja al proscenio.) Pero si los veo salir á batirse... no lo consentiré aunque me fusilen. (Váse.)

CARLOS. Y bien, en qué nos detenemos? Sígueme. (Sube hácia el fondo.)

MARQ. (Sin moverse.) Vaya! Ven á darme un abrazo, yo te lo permito. (Sonriendo.)

CARLOS. Marqués... no abuses de mi paciencia, ó vive el cielo... (Bajando de nuevo.)

MARQ. Bah! Juramentos! Amenazas! Es así cómo recompensas mi amistad?

CARLOS. Tu amistad! Y tú profanas ese nombre! Tú, que me has arrebatado á María; tú, que has faltado á tu santa palabra de honor!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARQ. Cárlos! Basta de insultos é inútiles palabras. (Severamente,)

CARLOS. Sí, te comprendo. (Disponiéndose á salir.)

MARQ. No. Y esa es tu falta.

CARLOS. Qué dices?

MARQ. Ven acá y oye (Cogiéndole la mano.) el secreto de mi vida y lo que ha hecho por tí este amigo á quien ultrajas.

CARLOS. Qué me importa ya saber...

MARQ. Escúchame, repito. Y sobre todo no me interrumpas.

CARLOS. (Vivamente) Acabemos.

MARQ. (Impaciente.) Eh!... Déjame empezar. (Larga pausa. El Marqués en seguida dice con gravedad:) Hace dos meses... obtuve una licencia que yo deseaba para ver á una mujer que me había jurado un amor eterno. Al llegar á su casa de campo... era de noche... y yo, queriendo causarle una dulce sorpresa... penetré sin ser visto en sus jardines; de repente me detuve sorprendido. Una luz brillaba en el pabellon, testigo tantas veces de nuestras amorosas entrevistas... y... la sombra de un hombre... se dibujaba claramente en los blancos cortinajes de la ventana. Loco de celos y exaltado por la ira, me lanzo veloz en la estancia de la pérfida. El hombre que allí había no era su padre ni su hermano. La ingrata me engañaba vilmente! Provocar á un rival, salir con él de aquellos sitios, batirnos y matarle... todo fué obra de un momento. Yo, monté en seguida á caballo, partí sin volver á ver á la perjura... y á la mañana siguiente se esparció la noticia de que durante la noche el conde de Uceda, mi rival, había sido traidoramente asesinado.

CARLOS. (Con fria extrañeza.) Asesinado...

MARQ. Fué un duelo sin testigos... y nadie podía desmentir esa calumnia.

CARLOS. Y no sospecharon...

MARQ. Un criado de aquella mujer declaró que me había visto batirme con el conde. Todo estaba descubierto. Yo confesé la verdad... y tú sabes que un decreto del rey asimila el desafio á un asesinato... y lo castiga con la degradacion y la muerte.

CARLOS. Pero tú...

MARQ. Yo fuí arrestado y conducido ante el general en jefe. Este hombre inflexible no vaciló en pronunciar mi sentencia; pero quería evitarme, sin embargo, la vergüenza de un suplicio y la infamia de una degradacion delante de mi regimiento.

CARLOS. Y bien?

MARQ. No pudiendo perdonarme la vida, me propuso dejar intactos mi honor y mi nombre, pero con una condicion.

CARLOS. Cuál?

MARQ. La de que en el término de cuarenta dias, me hiciera yo matar noblemente en el campo de batalla, combatiendo contra los austriacos.

CARLOS. Cielos! Y tú aceptaste!

MARQ. (Solemnemente) Lo juré sobre los santos Evangelios.

CARLOS. Lo juraste!

MARQ. Yo preferí morir como soldado y no como asesino.

CARLOS. Oh! Pobre Marqués! Eso es horrible!... pero... pero no me explica...

MARQ. Nada más sencillo. Tu tio no consentía en que te casaras sino con una rica heredera. Yo te ví á punto de perder la razon... y como mi muerte es irremediable y segura... me uní á María para dejarle mi fortuna y mi título.

CARLOS. Qué oigo!

MARQ. Así puede ser la esposa del amigo que en otro tiempo me salvó la vida.

CARLOS. Gran Dios!

MARQ. Te asombras! Te parece esto increible porque no tiene ejemplo! Sin embargo, hay en el mundo locuras mayores y que se extrañan ménos. Siquiera esta es hija de un noble sentimiento.

CARLOS. Sí, sí, comprendo este rasgo atrevido de generosidad; pero María...

MARQ. María lo ignora todo.

CARLOS. Se lo ocultaste!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARQ. Qué mujer acepta semejante sacr ificio! Tu mismo no hubieras consentido.

CARLOS. Es cierto, pero... (Con recelo.)

MARQ. Qué dudas?... Sal, preséntate á tu tio, á tus criados, á toda la aldea, en fin, y te dirán que el Marqués de San Estéban es un infame, que se separó de su mujer al pié de los altares, para dejarla desde ese momento completamente abandonada.

CARLOS. Y yo te acusaba! Á ti, al mejor de los hombres!

MARQ. Ya ves que te he cumplido mi palabra. María será tu esposa, María que me aborrece! (Tristemente.) Que me cree un amigo traidor! Un esposo desleal.

CARLOS. Ah! no la acuses.

MARQ. (Vivamente.) Yo! No, Cárlos, no, María es buena, candorosa, de nobles y elavadas ideas! Tiene tal gracia... tal encanto...

CARLOS. (Receloso.) Eh!

MARQ. (Vivamente y queriendo disimular.) Tú me lo habías dicho ántes. Yo no hago más que convenir contigo.

CARLOS. Noto en tí...

MARQ. (Riendo.) Pardiez! El buen humor de siempre! La alegría de volverte á ver. Yo soy más fuerte que mi destino. Chico, rie como yo.

CARLOS. Cuando vas á morir!

MARQ. (Con melancolía.) Oh! Y muy pronto: mañana se cumple el plazo que me otorgaron.

CARLOS. Cielos!

MARQ. Esta misma noche debo partir. El cuartel general se ha situado á tres leguas de esta quinta.

CARLOS. Yo vengo de él aunque por breves horas. Mañana se dará una batalla que mandará el rey en persona.

MARQ. Lo estás viendo! No tengo tiempo que perder. Ahora iba á escribirte revelándote todo; pero María me ha enviado á llamar.

CARLOS. Y por eso has venido?

MARQ. Es la vez primera que penetro en estas habitaciones.

CARLOS. Y ella... En dónde está?

MARQ. Allá dentro sin duda... (D. Cárlos hace un movimiento para entrar en el cuarto, el Marqués le detiene.) Eh! (Pausa.) Qué haces?

CARLOS. Volar á su lado.

MARQ. No, no... sería imprudente el que te presentases á ella... así de pronto, sin prevenir su ánimo... Espera á que yo parta.

CARLOS. Otro medio hay.

MARQ. ¿Cuál? (D. Cárlos va á la mesa y coge pluma y papel.)

CARLOS. Un billete... cuatro renglones. (Escribe.) En los que le anuncio que voy á volver á la quinta, y nada más. Esto la prepara á verme y evitará la conmocion de una sorpresa.

MARQ. Reflexiona que semejante carta...

CARLOS. Cómo hacer para que la lea! (Se levanta.) Ah! Aquí! en el piano. Sobre una de sus canciones favoritas. (La pone sobre el piano á la derecha del público.) Ahora te encargo que abrevies tu entrevista.

MARQ. Por qué?

CARLOS. Porque segun la digo en esa carta, volveré dentro de poco.

MARQ. Aquí!

CARLOS. Sí: por esa puerta que da al parque y que tú procurarás dejar abierta. (Señalando á la primera de la derecha.)

MARQ. Pero...

CARLOS. Siento ruido. Sin duda es María.

MARQ. Escucha!

CARLOS. (Yéndose.) Luégo nos veremos. Adios.

ESCENA V.

EL MARQUÉS, despues MARÍA.

MARQ. (Se queda inmóvil contemplando el billete, al que da vueltas en su mano.) Sí. Él tiene derecho á exigirme... Y bien... (Con resolucion.) Á mí me toca cumplir su voluntad... y mi sagrado juramento. (Pensativo.) Mejor es que haya vuelto tan pronto.—Hay cosas en el mundo que no se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MARQ. Qué mujer acepta semejante sacr ificio! Tu mismo no hubieras consentido.

CARLOS. Es cierto, pero... (Con recelo.)

MARQ. Qué dudas?... Sal, preséntate á tu tio, á tus criados, á toda la aldea, en fin, y te dirán que el Marqués de San Estéban es un infame, que se separó de su mujer al pié de los altares, para dejarla desde ese momento completamente abandonada.

CARLOS. Y yo te acusaba! Á ti, al mejor de los hombres!

MARQ. Ya ves que te he cumplido mi palabra. María será tu esposa, María que me aborrece! (Tristemente.) Que me cree un amigo traidor! Un esposo desleal.

CARLOS. Ah! no la acuses.

MARQ. (Vivamente.) Yo! No, Cárlos, no, María es buena, candorosa, de nobles y elavadas ideas! Tiene tal gracia... tal encanto...

CARLOS. (Receloso.) Eh!

MARQ. (Vivamente y queriendo disimular.) Tú me lo habías dicho ántes. Yo no hago más que convenir contigo.

CARLOS. Noto en tí...

MARQ. (Riendo.) Pardiez! El buen humor de siempre! La alegría de volverte á ver. Yo soy más fuerte que mi destino. Chico, rie como yo.

CARLOS. Cuando vas á morir!

MARQ. (Con melancolía.) Oh! Y muy pronto: mañana se cumple el plazo que me otorgaron.

CARLOS. Cielos!

MARQ. Esta misma noche debo partir. El cuartel general se ha situado á tres leguas de esta quinta.

CARLOS. Yo vengo de él aunque por breves horas. Mañana se dará una batalla que mandará el rey en persona.

MARQ. Lo estás viendo! No tengo tiempo que perder. Ahora iba á escribirte revelándote todo; pero María me ha enviado á llamar.

CARLOS. Y por eso has venido?

MARQ. Es la vez primera que penetro en estas habitaciones.

CARLOS. Y ella... En dónde está?

MARQ. Allá dentro sin duda... (D. Cárlos hace un movimiento para entrar en el cuarto, el Marqués le detiene.) Eh! (Pausa.) Qué haces?

CARLOS. Volar á su lado.

MARQ. No, no... sería imprudente el que te presentases á ella... así de pronto, sin prevenir su ánimo... Espera á que yo parta.

CARLOS. Otro medio hay.

MARQ. ¿Cuál? (D. Cárlos va á la mesa y coge pluma y papel.)

CARLOS. Un billete... cuatro renglones. (Escribe.) En los que le anuncio que voy á volver á la quinta, y nada más. Esto la prepara á verme y evitará la conmocion de una sorpresa.

MARQ. Reflexiona que semejante carta...

CARLOS. Cómo hacer para que la lea! (Se levanta.) Ah! Aquí! en el piano. Sobre una de sus canciones favoritas. (La pone sobre el piano á la derecha del público.) Ahora te encargo que abrevies tu entrevista.

MARQ. Por qué?

CARLOS. Porque segun la digo en esa carta, volveré dentro de poco.

MARQ. Aquí!

CARLOS. Sí: por esa puerta que da al parque y que tú procurarás dejar abierta. (Señalando á la primera de la derecha.)

MARQ. Pero...

CARLOS. Siento ruido. Sin duda es María.

MARQ. Escucha!

CARLOS. (Yéndose.) Luégo nos veremos. Adios.

ESCENA V.

EL MARQUÉS, despues MARÍA.

MARQ. (Se queda inmóvil contemplando el billete, al que da vueltas en su mano.) Sí. Él tiene derecho á exigirme... Y bien... (Con resolucion.) Á mí me toca cumplir su voluntad... y mi sagrado juramento. (Pensativo.) Mejor es que haya vuelto tan pronto.—Hay cosas en el mundo que no se

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

preveen ni se explican... y lo que yo siento de algun tiempo á esta parte... Bah! bah! Marqués, piensa en que sólo te queda un dia de vida! Y si de nada te sirvió el hacer la córte á la Baronesa para olvidar esas ideas... Ten filosofía, y sobre todo, no seas ridículo, porque es lo peor que pudiera sucederte... Oigo pasos! casi, casi, estoy tentado... sí, más vale que no la vea. (Se dirige al fondo.)

MARIA. (Saliendo.) Cómo! os vais!

MARQ. No... discurría... (Deteniéndose indeciso junto á la puerta del fondo.) por estos sitios buscando... (De pronto.) vuestro cuarto, Marquesa.

MARIA. (Con intencion marcada.) Es verdad, me olvidaba de que ignorábais donde yo habito. (Hablando lentamente.)

MARQ. Oh! Disculpadme...

MARIA. No es esto daros la menor queja: al contrario; me felicito de que vuestro talento haya adivinado, que no podiamos vivir unidos más que de esta manera.

MARQ. (¡Qué odio me tiene!!)

MARIA. (Lentamente.) Ahora bien, caballero, lo que tengo que hablar con vos es muy grave, y sólo deseo que no interpreteis mis palabras.

MARQ. Sentaos, Marquesa. (Coge un sillon.)

MARIA. (Rehusándolo.) No, nuestra conversacion se va á concluir en seguida.

MARQ. Os escucho.

MARIA. Como... el destino ha querido que yo sea vuestra esposa: como este título nos impone consideraciones, que yo la primera, quiero conservar y defender... tengo el derecho... el derecho, lo entendeis? de no tolerar que galanteis en mi presencia á mujer alguna. (Movimiento del Marqués.) No os disculpeis. Sabeis de quien hablo... y yo ademas no busco disculpas: lo que exijo es que se me respete.

MARQ. Sois digna del título que llevais.

MARIA. Soy mujer, caballero... y tengo la conciencia de mi posicion. Vos me la habeis dado á pesar mio. Vos que lo

habeis atropellado todo para ser mi esposo! Quién es aquí el culpable, si esta boda causa nuestra eterna desdicha?

MARQ. Vos la creeis eterna?

MARIA. Yo no sé lo que de vos debo creer.

MARQ. Y sin embargo, con una sola palabra... yo podía cambiar esa mala opinion que os merezco.

MARIA. Con una so... (Conteniéndose.) Más vale que no la digais.

MARQ. Luego preferís aborrecerme?

MARIA. Oh, caballero! La indiferencia no es el odio. Y si otra mujer tendría sobrada justicia para abrigarlo contra vos, yo... yo no puedo olvidarme hasta ese punto de que sois mi marido ante Dios y los hombres.

MARQ. (¡Y la escucho sin echarme á sus piés!) (Pausa.)

MARIA. (Se ha conmovido!)

MARQ. (Vivamente.) Marquesa, quereis concederme una gracia? La única, la última que os pediré en este mundo?

MARIA. Qué agitacion!... Hablad.

MARQ. Pues bien: decidme... yo os perdono lo que he sufrido, y apenas me lo digais me alejo de vuestra presencia.

MARIA. (Friamente.) Y en qué puedo fundar ese perdon?

MARQ. (Animándose.) En todo. En vuestros sentimientos, en los mios... en... lo que habeis de ver dentro de poco.

MARIA. Yo? No os entiendo.

MARQ. Ni es fácil... pero si he podido afligiros... Si he galanteado á la Baronesa, si os trato como á una extraña, os juro que mi corazon no me inspiraba nada de eso.

MARIA. (Vivamente.) Nada?

MARQ. Mi corazon os respetaba... os compadecía... os... (Se detiene.)

MARIA. Continuad.

MARQ. Dispensadme, Marquesa, no puedo. (Pausa.)

MARIA. (Qué turbacion!)

MARQ. Mi presencia os importuna...

MARIA. Hoy... no sé: ántes... quereis que os lo diga francamente? Me horrorizábais.

MARQ. (Vivamente.) No me lo volvais á decir.

MARIA. Acaso me reconcilie con vos... Pero tardará mucho!
MARQ. (Con tristeza.) Entónces...
MARIA. Una cosa es que os mire así... como un amigo... Un amigo ya es algo. Se habla con él, se interesa uno en sus pesares ó en sus alegrías y... la amistad al cabo sirve de mucho.
MARQ. (Estremeciéndose.) La amistad! (Se levanta.)
MARIA. Qué teneis?
MARQ. Nada. Creo que os molesto...
MARIA. (Querrá ver á la Baronesa?)
MARQ. Acaso es tarde para vos...
MARIA. No... no... las noches son tan largas. Pero si os fastidiais...
MARQ. Yo!
MARIA. Una esposa que no hace más que reconveniros y poneros mala cara. (Sonriendo.) Pero figuraos que solamente soy una dama cualquiera que os recibe en sus salones. Quereis?
MARQ. (Dios mio! Dios mio!)
MARIA. Oh! yo tambien sé trataros con amabilidad. Así llevareis una leccion.
MARQ. (Ap. y mirándola con asombro.) (Qué es esto?)
MARIA. Á propósito de leccion. Sabeis tocar el piano? (Cerca del piano.)
MARQ. Apenas recuerdo...
MARIA. Oh! esta música es muy fácil, una cancion á duo: acercaos.
MARQ. (Yo me dominaré.) Veamos, Marquesa. (Se acerca al piano.)
MARIA. (Mirándole.) Marquesa! Ya no os acordais de mi nombre?
MARQ. (Dominándose.) Veamos la cancion.
MARIA. Cantémosla. Tomad asiento.
MARQ. Como gusteis.
MARIA. Empezad.

MUSICA.

DUO.

El Marqués tocando el piano: María cerca de él escuchando.

Es el desden acero
de doble filo,
uno hiere de amores
y otro de olvido.

(María lo oye agitada y se detiene.)

(Deja de tocar.) Seguid.
MARIA. (Turbada. No; no:
el papel he trocado,
no es esa la cancion.

(Busca en los papeles.)

MARQUES. ¡La copla la ha turbado!
MARIA. Tened, esta es mejor. (Poniendo otro papel.)

MARQUES. El impulso del querer (Cantando.)
no se sabe definir,
ni se llega á comprender,
ni se puede resistir.
MARIA. Ese dulce no se qué
va naciendo sin sentir;
y aunque tiene su por qué,
es difícil de decir.
MARQUES. Ya es la gracia de una bella.
MARIA. Ya el donaire de un galan.
MARQUES. Eso bien lo sabrá ella.
MARIA. Eso bien él lo sabrá. (Cesa el piano.)
Muy bien.
MARQUES. (Inclinándose.) Oh!
MARIA. Prosigamos.
MARQUES. (¡Qué cambio!!)
MARIA. Soy con vos.

(Dirígese á la puerta derecha.)

MARQUES. Qué haceis?
MARIA. Por esa puerta

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

penetra un viento atroz.

(Va á cerrarla.)

MARQUES. (Y yo que debo abrirla!
Terrible situacion!)

MARIA. Tocad.

(El Marqués toca sin cantar.)

Eh? «Á mi María!»

(Fija la vista en la carta.)

su letra, sí, gran Dios!

MARQUES. ¡Ya la vió!!
Os sentís mala?

(Á María dejando tocar.)

MARIA. Creo que sí.

MARQUES. Lo dejaremos.

(Va á Levantarse.)

MARIA. No tal, seguid.

(El Marqués duda.) Seguid.

(El Marqués se sienta en el piano.)

MARQUES. (Cantando la cancion.)
Si es verdad que hay en amor
mil pesares que temer...

MARIA. (Leyendo la carta.)
«Hoy al fin te vuelvo á ver.»
El huir es lo mejor.

MARQUES. Del peligro de querer.

MARIA. (Ap. y casi hablado.)
(Lo que siento no lo sé.)

MARQUES. (Deja de tocar.)
Que perdeis este compás.

MARIA. Sin pesares no hay placer
y de amor...

(Vivamente y mirando el papel, la turbacion la detiene.)

MARQUES. Más vivo, más.

MARIA. (Con esfuerzo.)
Es tiránico su poder!

MARQUES. (Celos tengo de marido. (Deja de tocar.)

MARIA. Os perdeis!

MARQUES. No á la verdad.
Es que falta un sostenido...
y no quiero tropezar... (Toca de nuevo.)

MARIA y MARQ. Tan, tan!
Niña, á tu puerta
llamando amor está:
si el alma te despierta
ay! abre sin tardar.
Tan, tan!
tan, tan!
Ay! abre sin tardar!

HABLADO.

MARQUES. (Ap. y levantándose bruscamente.) (Singular letra! Dirían que la han escrito exprofeso.)

MARIA. (Calle! vuelve á tomar su aire desdeñoso y sombrío.)

MARQ. (Nada. La amistad y el honor ántes que todo.)

MARIA. (No hay duda: eso es que le fastidia mi conversacion.)

MARQ. Buenas noches, marquesa. (Dirigiéndose hácia la puerta del fondo.)

MARIA. (Con despecho.) (Oh!) Buenas noches, caballero. (Suena ruido en la puerta de la derecha.) Cielos!

MARQ. (Desde la del fondo.) (Ahí está.) (Pausa.)

MARIA. (Qué idea! Si don Cárlos se hubiera atrevido...) Marqués!

MARQ. Señora!

MARIA. No habeis sentido algo en esa puerta!

MARQ. Sí... el viento... tal vez...

MARIA. No os vayais.

MARQ. Señora, me es preciso.

MARIA. No os vayais... al ménos hasta saber qué ruido es ese.

MARQ. (Bajando un poco.) Cómo! Teneis miedo?

MARIA. Sí! No me dejeis... Os lo ruego por vos y por mí.

MARQ. (La mira, reflexiona un momento y dice:) Tranquilizaos: (Va á la ventana.) vos habreis cerrado mal sin duda... (Entreabre la puerta y cierra velozmente diciendo:) (Él es!) (Da una

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

rápida vuelta y dice á María:)
Justo, la habeis cerrado mal.

MARIA. (Respiro.) (Lentamente.) Podeis iros entónces.

MARQ. Sí, pero... (Indica que se dispone á vigilarla.) Descansad, señora.

MARIA. (Lentamente.) Adios. (El Marqués saluda y se va indicando que proyecta alguna cosa. Pausa.)

ESCENA VI.

MARÍA, sola.

MARIA. No era posible! Don Cárlos aventurar de ese modo mi reputacion! Ah! No puedo explicarme el singular efecto que me ha producido su carta. Escribir así... á quien sabe que es esposa de otro! (Sale el Marqués de puntillas y se oculta en un cuarto del fondo.) Dios mio! Vuelvo á sentir ruido en esa puerta. (Por la de la derecha.) Y sin embargo, el Marqués cerró al irse. (Se abre la puerta y sale Cárlos.) Ah!

CARLOS. Soy yo, María.

MARIA. (Retrocediendo.) Vos!

CARLOS. Yo, que vuelvo más amante que nunca al lado tuyo.

MARIA. Más amante que nunca! Oh! Ya es tarde!

CARLOS. (Admirado.) Tarde?

MARIA. Veo que no lo habeis comprendido cuando entrais en mi estancia de ese modo.

CARLOS. Lo dices porque estás casada con otro?

MARIA. Lo digo, porque casada ó no...

CARLOS. Prosigue.

MARIA. (Vivamente.) Alejaos, don Cárlos, alejaos. No me pregunteis lo que me costaría mucho declarar.

CARLOS. Qué oigo! Olvidas que hace poco tiempo...

MARIA. En ese tiempo os amé y os creí! Pero al verme abandonada por vos... al veros ceder fácilmente á la voludtad de vuestro tio... sentí en mi corazon una herida... que fué mortal, don Cárlos: porque sin saber cómo, insensiblemente, una vez perdida mi esperanza, perdí tambien el amor que os tenía.

CARLOS. Pero así que tú sepas, así que yo te explique...

MARIA. Ah! No hableis á mi razon cuando mis sentimientos han cambiado.

CARLOS. Pero, María, esa boda!...

MARIA. Esa boda? (Acercándose á él y en voz baja.) Asombraos, don Cárlos, como yo me asombro. Esa boda inesperada me pareció odiosa y cruel. Mi esposo, comprendiéndolo sin duda, se alejó desde el primer momento de mi lado... y yo que le aborrecía, le agradecí por lo mismo la libertad que me otorgaba.

CARLOS. (Oh! no me han engañado!)

MARIA. Pues bien, tratándole como á un extraño, tuve que reconocer, á pesar mio, su talento, su noble cortesía, la distincion de sus maneras, y más tarde... su conversacion me cautivaba hasta el punto de buscar mil pretextos para hablarle en tanto que él huia de mí.

CARLOS. (Con sorpresa.) Es posible!

MARIA. Una lucha extraña comenzó á agitar mi corazon. La indiferencia del Marqués llegó á herir mi amor propio. Creí que me despreciaba, y me juzgué ofendida! Sospeché, en fin, que galanteaba á otra mujer. Tuve celos un dia!

CARLOS. (Vivamente.) Celos!

MARIA. (Vivamente.) Sí, porque yo le amaba.

MARQ. (Desde donde está oculto.) (¡Gran Dios!)

CARLOS. Le amabais!

MARIA. El cielo quiso que yo pudiera ser buena esposa.

CARLOS. (Desde aquí el diálogo debe ser más vivo.) María, vuestro cariño me pertenece y voy á convenceros de ello.

MARIA. Falta que yo me preste á escucharos.

CARLOS. Una palabra sola va á destruir toda la falsa ilusion que abrigais.

MARIA. Una palabra?

CARLOS. Sí.

MARIA. Acerca de mi esposo!

CARLOS. Oidla.

MARIA. No me la digais. (Resueltamente.) Si de algo es culpable, yo le perdono.

CARLOS. Es que vos no sabeis...

MARIA. Sé que nunca dejaré de amarle.

CARLOS. María! (María se dirige á su cuarto.)

MARIA. (Desde la puerta.) Don Cárlos! respetad mis deberes, y sereis digno de mi amistad. (Vase. El Marqués, al irse María, aparece en la puerta donde se ocultó: se queda inmóvil y con la fisonomía profundamente alterada.)

CARLOS. (Á María.) Deteneos!... Marqués! (Viéndole.)

MARQ. Estaba ahí; todo lo he escuchado. (Sin moverse.)

CARLOS. Y qué?

MARQ. De quien, como yo, debe morir mañana, no puede inspirarte celos.

CARLOS. Morir!

MARQ. Ya sabes que ese es mi destino.

CARLOS. Pero tú concibes...

MARQ. (Bajando.) Concibo que he cometido una grave imprudencia creyendo hacer tu felicidad. Mañana me lo habrás perdonado.

CARLOS. Ah! nada me digas, porque el despecho me ciega.

MARQ. Pues bien, hechos y no palabras. Ahora mismo parto al campamento. Qué más quieres?

CARLOS. Vas á partir?

MARQ. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.) Al punto.

CARLOS. Sin prevenir á nadie? (Siguiéndole.)

MARQ. Á nadie.

CARLOS. Marqués, dime ántes...

MARQ. (Volviéndose á la puerta.) No me detengas aquí más: deja tranquila mi conciencia! (Se va precipitadamente.)

ESCENA VII.

CÁRLOS, la BARONESA.

CARLOS. (Solo.) Ah! en la desdicha de él está el castigo de la ingrata. Ira, y no celos, es lo que ahora siento en mi corazon.

BARON. (Saliendo.) Pero qué tiene el Marqués que va tan alterado?

CARLOS. Ah, Baronesa!

BARON. Cielos! Vos en la quinta?

CARLOS. (Luchando consigo mismo.) He venido... perdonad mi turbacion. He venido á apreciar en lo que vale el corazon de una mujer.

BARON. Hablais de María? Lo sabeis todo, no es así?

CARLOS. Ah! por fortuna el cielo me vengará muy pronto de su ingratitud.

BARON Muy pronto? Qué estais diciendo?

CARLOS. Digo que el Marqués fué sentenciado á muerte por un desafío, y sólo evitó la afrenta del suplicio, jurando hacerse matar como soldado en el campo de batalla.

BARON. Ah! qué horror? Y han podido ser tan crueles?...

CARLOS. Mañana se cumple el plazo que le otorgaron.

BARON. Y vos cifrais vuestra venganza en el infortunio de un amigo?

CARLOS. De un amigo! Ah! esa amistad es la que ha causado mi desventura.

BARON. Qué decís?

CARLOS. Yo partí... yo en la apariencia abandoné á María, pero fué porque el Marqués me juró que ella sería mi esposa sin que mi tio pudiera impedirlo!

BARON. Cielos! Entónces... Esa boda inexplicable! Ese desvío del Marqués! Oh! Ya empiezo á adivinar...

CARLOS. Sí; él quiso hacerme dichoso y no previó que María podría amarle! Que él mismo... Oh sí! Que él mismo la amaria tambien.

BARON. La ama! (Admirada.)

CARLOS. La ama! Se lo he conocido. En vano cree morir con su secreto.

BARON. (Con nobleza y resolucion.) Y qué!... Vuestro amigo es capaz de daros su fortuna entera, de rechazar el cariño de la misma mujer á quien ama, de morir en fin callando su pasion, y vos no habeis corrido á salvarle, á pagar su noble generosidad con otra mayor todavía!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARLOS. (Confundido.) Yo!

BARON. Vos pretendeis que María os profese un amor, que vuestra debilidad y vuestra ausencia borraron con razon de su pecho.

CARLOS. (Vivamente.) No, eso jamás.

BARON. Entónces...

CARLOS. No me digais más. Ah, Baronesa! Dios sin duda os pone en mi camino para guiar mi corazon! Sí! la culpa ha sido mia! Á mí me toca sufrir y perdonar. (Resueltamente.) Yo no debo consentir que nadie me gane en abnegacion y nobleza!

BARON. Ese es el lenguaje que yo esperaba oir de vuestros labios.

CARLOS. Este es el sentimiento de mi honor, ante el cual lo sacrifico todo! Que entrambos sean felices por mí: esta será mi mejor venganza.

BARON. Pues bien, don Cárlos, impidamos que el Marqués lleve adelante su intento. No le dejemos salir de la quinta.

CARLOS. Le conozco, y todo será en vano.

BARON. Acaso nuestras reflexiones, nuestros ruegos... Esperad... siento pisadas... Tal vez será María.

BARON. Seguidme. (Vánse.)

ESCENA VIII.

MARIA, que sale de su cuarto.

MARIA. Un caballo ensillado á la puerta del pabellon del Marqués... Qué significa esto? (Muy agitada.) Es preciso que yo indague ahora mismo.

PERAL. Ah! Pícara suerte! (Pasando por el foro llevando el maletin del Marqués.)

MARIA. Peralta! Peralta!

PERAL. Presente! (Deteniéndose.)

MARIA. Adónde vais con esa maleta?

PERAL. Abajo, mi capitana.

MARIA. Entrad un instante: qué hace el Marqués? Por qué hay un caballo á la puerta de su pabellon?

PERAL. (Dudando.) Por...

MARIA. No me ocultéis la verdad.

PERAL. Pues bien: porque ya llegó la de vámonos.

MARIA. Á dónde?

PERAL. Por de pronto, al cuartel general, que está en la venta del Pino, que está tres leguas de aquí. Y aluégo...

MARIA. Luégo... qué?

PERAL. Aluégo el capitan emprenderá un viaje más largo.

MARIA. Más largo?

PERAL. Muy largo, mi capitana! (Sombrío.)

MARIA. Á qué sitio? Á qué país? Responded.

PERAL. Á un país... del cual no he visto volver á ningun amigo mio.

MARIA. No comprendo... y por qué es esta partida?

PERAL. Porque...

MARIA. Explicaos.

PERAL. Mi capitana... yo no puedo faltar á la consigna. Lo más que yo puedo hacer es dar el alerta.

MARIA. El alerta?

PERAL. Y punto final. Hasta la vista si nos vemos. (Se marcha vivamente.)

MARIA. Un viaje!... á un país lejano... sin decirme nada... y este hombre con sus palabras misteriosas... Ah! El Marqués huye de mí para siempre! Ó corre un gran peligro! Dios mio! Y yo me quedaré sola sin recibir jamás noticia alguna... muriendo de pesar y de incertidumbre. (Con resolucion.) Ah! no! Suceda lo que quiera. (Corre á la ventana de la izquierda.) Marqués! Marqués! (Llamándole.)

SEBAST. (Saliendo por el foro.) Sí! echando demonios va por ese camino.

MARIA. Sebastian, no me engañes? (Desde la ventana.)

SEBAST. Como que el cabo Peralta tardó en bajar, y ha tenio que correr al escape.

CANTO.

Debe ser un diálogo cortado y dramático.

MARIA. (Apoyándose en el respaldo de un sillon.)
Ah! ya no hay duda!
SEBAST. (Acudiendo.)
Qué os sucede?
MARIA. (Como quien toma una resolucion.)
Chito, chito,
por la puerta
del jardin
en tu carro,
ocultamente,
tú conmigo
has de venir.
SEBAST. Á estas horas?
MARIA. Es preciso.
SEBAST. Pero á dónde quereis ir?
MARIA. Á las regiones
más apartadas;
hoy á mi esposo
yo he de seguir.
SEBAST. Qué estais diciendo?
MARIA. No me abandones! (Suplicando.)
SEBAST. Mas yo...
MARIA. Ten, ay!
piedad de mí!
SEBAST. (Al verla
llorando
no sé resistir.)
El alma
y el carro (Resuelto.)
son vuestros en fin.
MARIA. Tú solo,
tú solo
podrás impedir

que muera penando
tu amiga infeliz!
LOS DOS. Despacio bajando,
quedito pisando, (Con misterio.)
callando, callando
podremos salir.
SEBASTIAN. Ay amo del alma!
qué vas á decir
cuando eches de ménos
al carro y á mí?
MARIA. (Con energía.)
Amor de mi alma
mi fe pongo en tí!
Sé tú la esperanza
que llevo al partir!
(Á un tiempo.)
(Se van por la puerta derecha.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ACTO TERCERO.

El teatro representa la entrada de un bosque, en el cual se supone el campamento de los españoles.—Pendiente de las ramas de tres ó cuatro árboles, que hay en el centro de la escena, está un gran lienzo colocado irregularmente, pero formando una media tienda de campaña, abierta por el fondo. Á la izquierda un pabellon de lienzo.—En el fondo árboles, y á lo lejos tiendas de campaña.—La luna alumbra la escena.

ESCENA PRIMERA.

INTRODUCCION.

Al levantarse el telon varios soldados forman grupo al pié de un árbol.—Unos sentados, otros de pié y algunos dormidos, pero con sus armas.—En el centro hay otro grupo colocado de un modo semejante.—La orquesta ejecuta algunos compases, durante los cuales los soldados están inmóviles.—Todo respira misterio y calma.—Despues de un breve rato, el grupo de soldados que está en el fondo se levanta lentamente, y exclama, dirigiendo la voz al grupo que está en primer término.

SOLDADOS 1.os (Desde su sitio.)

Soldados de la ronda,
partamos ya;
alerta, que la aurora
no tardará.

(Los otros se han ido levantando lentamente.)

SOLDADOS 2.os Slodados de la ronda,
partamos ya;
alerta, que la aurora
no tardará.

(Lentamente unos y otros bajando al proscenio.)

TODOS. Á formar!
A formar!

(Se forman. Pausa.)

SIN ORQUESTA.

TODOS. (Piano y con mucho colorido.)

El toque bélico
de la diana
pronto en el campo
resonará.

(Imitando vagamente el son de clarines y cajas tocando la diana.)

Tratan tratan
tarará tarará...

Y el enemigo
desde sus tiendas
responderá.

(Imitando un lejano toque de clarines.)

Tararí tararí.

(Imitando los tambores y clarines del campamento y más fuerte.)

Tran tatan.

(Lejano.)

Tararí...

(Cercano.)

Tran tán.

Cuando el alba
despunte,
las guerrillas
saldrán.
Pin pan!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

pin pin pan!
(Imitando al fuego de guerrillas.)
Y al romper
la batalla
con estruendo
se oirá.
(Voz apagada y lenta.)
Fuego!!!
rrrrrrrrám!!!
Fuego!!!
rrrrrrrrám!!!

(En seguida unos imitan el fuego de descargas.—Otros, el toque de tambores sonando ataque.—Otros, el granizado tiroteo de las guerrillas —Pero todo esto ha de ser piano y como el efecto de un sueño ó de la fantasía.)

CON ORQUESTA.

(Con brio.) Soldados
de la ronda,
partamos sin tardar,
muy pronto
vendrá el dia!
Al hombro! Arm!

(Echándose los fusiles al hombro y marchándose lentamente.)

ESCENA II.

MARÍA, saliendo con precaucion de entre unos árboles y mirando al sendero por donde se alejan los soldados.

HABLADO.

MARIA. (Despues de una pausa.) Creí que no se marcharían en toda la noche. Oculta entre esos árboles, espero hace rato á Sebastian... y en vano procuro dominar mi impaciencia. Dios mio! Si no lográramos encontrar á mi esposo! Si despues de todo tuviera yo que regresar á la quinta sola y desesperada!...

SEBAST. (Saliendo apresurado.) Aquí estoy ya de vuelta!

MARIA. Sebastian! Aha! cuánto has tardado! Qué hay?

SEBAST. (Cansado.) Qué ya cayó un pez!

MARIA. No te entiendo! Explicate.

SEBAST. (Respirando con esfuerzo.) Dejad que tome aliento.

MARIA. Por Dios! Habla!

SEBAST. No sabiendo á quien dirigirme... y temiendo que alguna patrulla me detuviera como sospechoso... se me ocurrió ir á la venta que hay en esa bajadita, á fin de tomar lenguas del ventero, que es amigo mio. Pero al entrar... Con quién direis que me encuentro de manos á boca? Con el mismo cabo Peralta, que estaba fumando á la puerta, como un tudesco. «Hola, cabo é escuadra!» grité sonriendo. «Calle!» exclamó él sorprendido. «Qué te trae por aquí, papanatas?»

MARIA. Y bien?

SEBAST. Yo le dije... «Toma! Vengo á lo que he venío!» Y él me respondió... «Tú ocultas algo.» Y yo le repliqué... «Pues ya!» Y él añadió... «Tengo buena nariz!» Y yo contesté... «Que aproveche!» Y no pasó más.

MARIA. Pero no te habló del Marqués? No le preguntaste?...

SEBAST. (Recordando.) Ah! sí! Me olvidaba de lo mejor!!! (Tranquilamente.) Vuestro esposo no quiere veros más.

MARIA. Qué dices?

SEBAST. Pero os ama como un loco.

MARIA. Me ama y huye de mí?

SEBAST. Ahí está el busilis.

MARIA. Dios mio! (Confundida.) Qué misterio es este? De qué fatalidad soy yo la víctima?

SEBAST. Peralta lo sabe lo mismo que su amo... y el muy marrullero se lo calla. Pero no será por mucho tiempo.

MARIA. Cómo?

SEBAST. He tenido una idea feliz, que va á ponernos al corriente de tó este embolismo.

MARIA. Una idea! Cuál? (Con interés.)

SEBAST. La de engañar al cabo Peralta. Oidme un poco. Él es reservado como una arca; pero cuando apura un par de botellas, habla que es una bendicion de Dios.

MARIA. Y qué?

SEBAST. Por cada vaso que yo beba, él se beberá seis, y sonsacándole con maña...

MARIA. Conocerá el ardid.

SEBAST. Cá! Ya me está esperando en la venta pá refrescar juntos... segun él dice.

MARIA. Oh! Si por ese medio consiguieras...

SEBAST. Pero... qué hareis vos entretanto?...

MARIA. Calla! (Aplicando el oido.) Oigo pisadas.

UNA VOZ. (Dentro.) Quién vive?

SEBAST. (Dando un salto de miedo.) Ay!

MARIA. (Mirando adentro.) Es un centinela que está á la entrada del bosque.

SEBAST. Si vierais qué poca gracia me hacen á mí los centinelas...

LA VOZ. (Dentro.) Quién vive!

OTRA VOZ. (Más lejana.) España.

MARIA. (Mirando dentro.) Creo divisar un grupo.

SEBAST. Un grupo? siempre que hay grupos se reparten palos.

PRIMERA VOZ. (Dentro.) Alto la patrulla!

MARIA. (Á Sebastian.) Una patrulla!

SEBAST. Perdidos somos.

MARIA. No, ven por este lado.

SEBAST. De fijo nos toman por dos espías. (Medroso.)

MARIA. Sígueme. (Se van apresuradamente.)

ESCENA III.

MARQUÉS, OFICIALES, D. CÁRLOS.

MARQ. (Seguido de los demas.) Gracias, señores, gracias. Pero mi resolucion es invariable.

OFIC. 1.° Lo habeis pensado bien?

MARQ. Qué hay qué pensar, por vida mia? (D. Cárlos se queda en un lado solo y contemplando tristemente al Marqués.) Al amanecer deben cien hombres apoderarse del primer reducto enemigo... y yo voy á ser de la expedicion.

OFIC. 1.° Sí; pero cuántos quedarán en ella con vida?

MARQ. (Con indiferencia.) Ninguno probablemente.

OFIC. 1.° Capitan, el valor no consiste en buscar una muerte segura. Y cuando nada os obliga...

MARQ. (Estrechándole la mano y sonriendo.) Pensemos en nuestra cena, amigos mios. Bravo! (Mirando á varios soldados que traen botellas y cestas con viandas.) Hé aquí las provisiones! Señores, vaya la gravedad al diablo! Mi tienda no está al frente del enemigo; pero en todo caso, nuestros ecos de alegría le probarán que nos hallamos bien dispuestos para la batalla!

OFIC. 1.° Dice bien! (Á los demas Oficiales.) Pronto! Despachad! (Los soldados entran la cena en el pabellon. Los Oficiales dirigen la operacion y algunos toman parte en ella.)

OFIC. 1.° Una patrulla, señores.

MARQ. Pase en buen hora. Cuando el rey tiene un banquete en su tienda, no llevará á mal que yo imite su ejemplo en la mia. (Una patrulla atraviesa el fondo. En el interin D. Cárlos pasa al lado del Marqués y le dice:)

CARLOS. (Bajo al Marqués.) Y bien: Me escuchas al fin un momento?

MARQ. (Sécamente.) No.

CARLOS. En nada quieres pensar?

MARQ. En nada.

CARLOS. Te empeñas en aturdirte como un loco!

MARQ. Sí! cómo un loco!—Déjame.

CARLOS. Pero tú no sabes lo que pasa!—Eh! Tú ignoras que María...

MARQ. Sí! Te ama! Será tu esposa!—Eh! Déjame cenar! (Dirigiéndose á la tienda.)

CARLOS. (Siguiéndole.) Escucha!

MARQ. (Á los Oficiales.) Á la mesa, señores.

LOS OFS. Á la mesa! (Entran en el pabellon. El Marqués va á seguirlos. D. Cárlos le coge vivamente de la mano y le dice con energía y deteniéndole.)

CARLOS. No. Tú no te irás sin oirme.

MARQ. (Con ademan altanero.) Cárlos!

CARLOS. Depon ese enojo, Marqués. Eres harto desgraciado para

que yo pueda ofenderme.

MARQ. Desgraciado! (Sonriendo.) No. Ya ves qué alegre voy á cenar.

CARLOS. Por qué me hablas así? Por qué me ocultas lo que estás sufriendo! Oh! No me lo niegues... porque no te creería, que ahora más que nunca sientes dejar la vida.

MARQ. La vida!—Sí. Eso es lo que me atormenta. Tú lo has adivinado.

CARLOS. (Clavando en él sus miradas.) Eso no más!

MARQ. Por qué lo dudas? No puede amar un hombre la vida y sin embargo morir con valor? Pues bien. De algun tiempo á esta parte me parecen más risueños los campos, más puro el aire, más hermosa la luz! En todo lo que veo hallo una emocion que nunca había sentido, una belleza que nunca había adivinado... y yo me pregunto á mí mismo cómo pude ántes vivir en el mundo sin gozar dia por dia, hora por hora, desde los más envidiables placeres hasta las más pueriles alegrías!—Oh, Cárlos! El hombre que no ama la vida es un ingrato para con Dios.

CARLOS. Y tú sin embargo vas á morir!

MARQ. La muerte es mi destino!

CARLOS. (Estrechándole la mano.) Marqués!

MARQ. Oh! Ya me he acostumbrado á esta idea!—Para mí la muerte es un viaje á un país desconocido. (Con acento profundo.) Quién sabe si mi felicidad no está allí!

CARLOS. No, tú no piensas ya de ese modo. Tú me ocultas la verdad, porque temes que esa verdad sea mi tormento.

MARQ. (Dominándose.) Qué dices?

CARLOS. Marqués! Amigo mio! Yo soy quien te hablo! Yo, que te quiero como un hermano! Yo, que conozco tu noble corazon, y que me siento capaz de perdonarte!

MARQ. (Vivamente.) Á mí!

CARLOS. (Id.) Oh! Tú no me has ofendido. Yo lo sé. Pero yo debo decírtelo todo. Yo debo hacerte comprender que eso que llamas tu destino es un crímen... un suicidio que Dios no te perdonará

MARQ. Cárlos! Mi conciencia me manda cumplir un santo juramento!

CARLOS. Pero si al cumplirlo pierdes esa existencia, que segun tú mismo, ha llegado á serte tan querida!

MARQ. Qué! Es ese el lenguaje de un soldado y de un caballero?

CARLOS. Es el lenguaje de mi amistad, ante la cual lo sacrifico todo! Es... es el eco de un corazon que en estos momentos llora tu abandono. Es la voz de María que te busca desesperada!

MARQ. (No pudiendo contenerse.) María!!

CARLOS. (Vivamente.) Oh! Esa emocion me revela el secreto que yo deseaba saber de tí!

MARQ. Tú estás loco de celos... y yo no debo escucharte! (Va á irse.)

CARLOS. Espera, Marqués. Yo necesito que me comprendas. Yo necesito decirte que María, al saber tu desaparicion de la quinta...

MARQ. (Esforzándose.) Bah! bah! amigo mio! María te ama! te adora! Si otra cosa te dijo fué por orgullo... por despecho, por... (Riendo.) por miedo de mí, que os estaba oyendo oculto... lo mismo que un marido celoso... Jé! jé! jé! Eres un niño, créeme. Eres un niño!

CARLOS. Escúchame!

LOS OFS. (Dentro.) Marqués, Marqués.

MARQ. Sí! Á cenar, señores! Á reir hasta que amanezca. (Vase corriendo.)

CARLOS. Detente! Aguarda! Oh! Todo es inútil. Ántes que descubrir que la ama... morirá mártir de su amistad y de su honor!

ESCENA IV.

D. CÁRLOS, el CONDE, en el fondo.

CONDE. Eh! Señor Oficial! señor Oficial!

CARLOS. Ese acento...

CONDE. (Viniendo cerca de D. Cárlos.) Señor Oficial! Por muy ex-

traño que os parezca... yo os ruego que me acompañeis...

CARLOS. Tio!

CONDE. Qué veo! eres tú? Oh qué fortuna?

CARLOS. Cómo os encuentro aquí? Quién os ha traido?...

CONDE. El demonio! ó mejor dicho la Baronesa.

CARLOS. La Baronesa?

CONDE. Sí: concibes tú semejante locura!

CARLOS. Pero... á qué venís al campamento!

CONDE. Figúrate... que inquietos por la suerte de María, nos resolvimos á salir en su busca por los alrededores de la quinta. La Baronesa, que durante una hora caminaba, silenciosa y pensativa... exclama de pronto... «Dios nos protegerá,» y echa á correr hácia aquí, sin hacer caso de mis voces... y sin compasion de mis piernas, que apenas podian llevarme en peso. Una avanzada nos ha detenido en ese bosque... y la Baronesa empeñada en verte á toda costa, ha conseguido que me dejasen pasar á fin de avisarte de su llegada.

CARLOS. Pero María...

CONDE. Uf! Yo estoy exánime! (Sentándose.)

CARLOS. No sabeis su paradero!

CONDE. Yo no sé nada. Yo no quiero más que acostarme, en tu tienda, en el suelo, en cualquier parte.

CARLOS. Olvidais que al amanecer debe darse la batalla!

CONDE. (Levantándose.) Cáspita! Ahora sí que deseo echar á correr.

CARLOS. Sí, sí. Venid, la Baronesa estará inquieta...

CONDE. La Baronesa no tiene juicio ni lo tendrá nunca!

CARLOS. Oh! Tio! Cómo decis eso de una mujer de tan nobles ideas, de tan generosos instintos, de tan...

CONDE. Calle! Con qué calor la defiendes! Hombre, tendría que ver...

CARLOS. Esta no es ocasion de explicaciones. Seguidme. (Yéndose.)

CONDE. (Solo.) San Antonio! Á que ahora le gusta á mi sobrino! Uf! Cómo corre! Ya tengo reumatismo para un mes! (Se va corriendo penosamente detrás de D. Cárlos. La escena queda sola. Dentro del pabellon se oye cantar á los Oficiales el siguente:

CORO.

OFICIALES. (Dentro.)
Brindis!
Á la fortuna
y á la victoria!
Brindis!
Viva la gloria!
Viva el placer!
Brindis!
Brindis, amigos!
Pardiez!!
Cantad á la guerra!
Cantad y bebed!

ESCENA V.

PERALTA, SEBASTIAN. Los dos asoman por el fondo, separados el uno del otro, de frente al público, muy serios, bamboleándose y queriendo sostenerse para dominar su embriaguez.—Van andando con lentitud y en silencio: y mientras la orquesta toca algunos compases adecuados á la situacion. Pasados estos compases, se oye á Peralta.

DUO.

PERAL. (Tosiendo con gravedad cómica.)
Ejem!

SEBAST. (Imitándole.) Ejem!

PERAL. (Como hablando consigo mismo.)
Ó el mundo se menea,
ó se me van los piés.

SEBAST. (Tosiendo con gravedad cómica.)
Ejem!

PERAL. (Id.) Ejem!

SEBAST. (Consigo mismo.)

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ó á mí me empuja el viento,
ó yo ando del revés. (Dá un vaiven.)

PERAL. (Acudiendo á sostenerle.)
Muchacho, que te caes! (Sin arrimarse á él.)

SEBAST. (Echándola de firme.)
Quiá, quiá!

PERAL. (Ofreciéndole el brazo.)
Cógete bien.

SEBAST. (Ap. mirando de soslayo á Peralta y como burlándose.)
(Le he puesto tan borracho,
que no se puée tener!)

LOS DOS. (Cogidos del brazo el uno al otro.)
Firme ese cuerpo!
De frente em!
(Bajando al proscenio á paso militar.)
Batachim! Batachim!
Batachim!
(Se paran imitando el redoble de tambor.)
Reeeeeeeeem!

LOS DOS Á UN TIEMPO.

PERALTA. (Ap. y á un lado.)
Él está chispon,
pero yo tambien.
Ná me alegra á mí
como el moscatel.
Ná, ná!
Como el moscatel!

SEBASTIAN. (Ap.)
Cristo que chispon.
Risa me da á fé!
ahora que está aquí
tó lo he de saber.
Tó, tó!
Tó lo he de saber.

SEBAST. (Á Peralta.) Los dos aquí esta noche
la vamos á correr!

PERAL. (Señalándose á sí mismo.)
Hablas con miquis?

SEBAST. (Señalando á Peralta.)
Hablo con tiquis.

PERALTA. Qué te pie el cuerpo?

SEBAST. (Alegrándose.) Mucho belen!

PERAL. Viva el salero!

SEBAST. (Ap.) (Ya está templao!)

PERAL. (Alargándole la mano.)
Dame esos cinco!

SEBAST. (Dándole las dos manos.)
Toma esos diez!
(Se quedan cogidos de la mano.)

PERAL. Ay olé.

SEBAST. Ay olé!

PERAL. Lo que quiero yo lo sé.

SEBAST. Yo tambien.

LOS DOS. Yo tambien!
Lo que quiero yo lo sé.

COPLAS.

PERAL. (Adelantándose con aire de taco.)
Aquí están dos mosos cruos
más valientes que Roldan,
sin un alma que los quiera
ni dos riales que gastar.
Esto sí
que son fatiguitas,
no tener...
por vida é tal!
una jembra á quien icirle
(Como requebrando á una que pasará á su lado.)
bueno, bueno!
(Con voz grave y á estilo de majo.)
Alza, allá,
resalá!!

SEBAST. (Ap. y burlándose, aunque tambien borracho.)
Busca el tonto una cristiana
que se deje camelar,
y no puée con la turca
que en el cuerpo tiene ya.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LOS DOS.

PERALTA.

Esto sí
que son fatiguitas!
no tener
por vida é tal!
una jembra á quien icirle:
(Como ántes.)
Bueno, bueno!
Alza allá!
Resalá!

SEBASTIAN.

Esto sí
Que á mí me hace la gracia,
el querer
por vida é tal!
una jembra á quien icirle:
(Imitando á Peralta.)
Bueno, bueno!
Alza allá!
Resalá!

HABLADO.

La luz de la luna va desapareciendo.—Cesa la música.

PERAL. Así me gustan á mí los hombres! Alegres... Aunque tengan el corazon más negro que la tinta.

SEBAST. (Le voy á sonsacar!) Entre pariéntesis; cabo é escuadra. —Se me figura que el Marqués es poco más ó ménos como nosotros.—Templao y echao pá lante... (María aparece en el fondo y los observa.)

PERAL. (Afectado.) No mables de él, que se me va á aguar la fiesta!

SEBAST. (Ap.) (El vino querrá icir.) Jé, jé! (Riendo con malicia.) Yo creo que la señá Baronesa le era algo simpática.

PERAL. Sonsi, mal hablao! Mi capitan no ha querido á nadie más que á su mujer.

MARIA. (Ap.) (Cielos!)

SEBAST. (Con maliciosa incredulidad.) No más?

PERAL. Ná más.

SEBAST. Entónces... por qué no la veía más que por las mañanas y nunca por las noches? (Pausa.) En qué consistía eso?

PERAL. (Muy serio.) En el estao de la amósfera!

SEBAST. Ya!—Y por qué se las ha guillao sin decirla... adios, que me marcho!

PERAL. Chis! Ese es un misterio... que yo te escubriría... si no estuvieras tan bebío.

SEBAST. Yo bebío? (Reflexionando.) Bien pue ser! Qué apostamos á que aquí el más borracho soy yo?

MARIA. (Ap.) (Dios mio!)

SEBAST. Te has portao, Sebastian!

PERAL. Calla! Qué rum rum es ese? (Pasa cerca del pabellon.)

SEBAST. Has hecho un pan como unas hostias!... Sebastian.

PERAL. (Mirando al pabellon.) Anda! Pues si hay una cena!...

MARIA. (Viniendo cautelosamente por el lado en donde está Sebastian le dice cogiéndole de la mano y sin que Peralta le vea ni oiga:) Qué es esto, miserable!

SEBAST. No lo pueo explicar!

MARIA. Pero qué sabes del paradero del Marqués?

SEBAST. Lo mesmo que sabía!

PERAL. (Mirando al interior del pabellon.) Y tos son oficiales!

MARIA. Eh? (Prestando atencion.)

PERAL. Diablo!—Van á salir!

MARIA. Oh! Ven.—Tu debilidad va á descubrirme á ellos!

SEBAST. Pero...

MARIA. (Indignada.) Quítate de aquí. — Yo misma sabré volver para interrogar á ese hombre...

SEBAST. Á buena parte quiere...

MARIA. Sígueme pronto. (Se lo lleva y desaparece con él por la izquierda.)

PERAL. (Volviéndose.) Tú, muchacho! Mi capitan viene... Si nos encuentra chispos... Calle... No está: mejor... Tengámonos derechos.

ESCENA VI.

PERALTA, teniéndose derecho y con la mano en la gorra.—El MARQUÉS y OFICIALES, saliendo bulliciosamente del pabellon.

OFIC. 1.º (Saliendo y á los otros.) Chito, señores, retirémonos en buen órden.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OFIC. 2.° (Al Marqués.) Marqués, buen sueño y buena fortuna!

MARQ. Adios, señores.—Y que ella nos acompañe. (Los Oficiales se alejan.

PERAL. (En voz baja.) (Se me figura que estos van tambien un poco...

MARQ. (Creyéndose solo, apoya una mano en el tronco de un árbol y permanece algunos instantes pensativo. Pausa.) Ya quedé solo!—Solo con mi tristeza y mis recuerdos!—Pobre Marqués! Tantas emociones! Tan ruda lucha contigo mismo... y para qué? (Procurando dominarse.) Tengamos ánimo. Muy pronto vendrá el dia... y es preciso llenar el deber que me impuse. (Se adelanta al proscenio. Pausa.)

PERAL. (Tosiendo.) Ejem!

MARQ. Quién está ahí? (Volviéndose.)

PERAL (Inmóvil y en voz grave.) Peralta, mi capitan!

MARQ. (Pausa.) (Pobre Peralta! Ya es hora de separarme de él.)

PERAL. (Sin moverse.) No he venio ántes... porque se empeñó un amigo en conviarme á refrescar...

MARQ. Está bien.

PERAL. Y como uno tiene tanta bilis...

MARQ. Basta.—Acércate... (Sentándose.) y escucha con atencion mis órdenes.

PERAL. (Acercándose y procurando tenerse derecho.) Presente.

MARQ. Confío en que las ejecutarás con toda lealtad y eficacia.

PERAL. Ya sabe mi capitan quién soy yo.

MARQ. Cierto, amigo mio.

PERAL. (En voz baja.) (Maldito mareo!)

MARQ. Oye pues. Vas á ponerte inmediatamente en camino para la quinta del Conde. Te presentarás á mi esposa... (Sacando un pliego cerrado.) y le entregarás este pliego que es para ella de la mayor importancia. (Se lo da.)

PERAL. (Tomándolo.) Por hecho, mi capitan. En una hora me ando el camino... y en otra me planto aquí de vuelta.—Á la órden! (Saluda y va á irse.)

MARQ. No. Espera. (Pausa.)

PERAL. (Á que al fin descubre que estoy...)

MARQ. Al entregar ese pliego á la marquesa, permanecerás á

su lado... y no volverás al campamento hasta mañana á la tarde. (Pausa. Peralta se queda mirando al Marqués y trata un momento de reunir sus ideas. Pausa.)

PERAL. Hasta mañana á la tar... (Con inquietud.) Pues no va á ser ántes la... (Lucha con su embriaguez: de pronto exclama:) Dios mio!

MARQ. Qué es eso?

PERAL. Mi capitan... Qué pasará aquí en ese tiempo?

MARQ. Nada!

PERAL. Mi capitan! No me engañeis, por nuestro patron Santiago. (Queriendo dominar su aturdimiento.) Yo no pueo explicar lo que me anda por la cabeza... pero... (Vivamente.) pero vos debeis morir mañana, y me alejais de aquí... (De pronto y tomando una resolucion.) Mi capitan! Yo no me voy.

MARQ. (Levantándose y con autoridad.) Cabo Peralta!

PERAL. (Cuadrándose.) Presente! Que me fusilen!

MARQ. No me obedeces?

PERAL. Sí! Pero no!

MARQ. Vive el cielo!

PERAL. (No pudiendo contener su emocion.) Ea! Que me echo á llorar como un chico de la escuela!

MARQ. (Enternecido, le vuelve la espalda para que Peralta no lo note.) (Oh!) (Ap.)

PERAL. Dadme cien estocás!

MARQ. (Acercándose vivamente y cogiéndole cariñosamente la mano.) No, pobre amigo!

PERAL. (Sollozando.) Los brazos! mi capitan! Los brazos! (Abrazándose á él. Pausa.—María aparece de nuevo en el fondo.)

ESCENA VII.

DICHOS, MARÍA.

MARIA. (Ap.) (Qué oigo?)

MARQ. Vamos, vamos. Un poco de energía. (Separándole suavemente.)

MARIA. (Ap.) (Es su voz!)

MARQ. Serénate! Qué diablo! Ya solo es tiempo de obrar!—
Adios, Peralta!
PERAL. (Siguiéndole.) Mi capitan!
MARIA. Deteneos, Marqués.
MARQ. (Retrocediendo.) María...
MARIA. Yo misma!
MARQ. Retírate.—Déjanos!
PERAL. (Su mujer aquí!) (Váse.)
MARIA. Mi presencia os extraña!
MARQ. Ah! qué habeis echo?

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, MARÍA.

MARIA. (Motivo del terceto del primer acto.)
Guarde Dios
al gentil marido
que de mis ojos
huyendo va.
Á su puerta
me atrevo á llegar
para que me dé
hospitalidad.
Me la negais?
MARQ. (Ap.) (Surte fatal!)
MARIA. (Maliciosamente.)
Me la negais?
MARQUES. No por mi vida!
MARIA. Qué es lo que os turba?
MARQUES. Vuestra venida.
MARIA. Debo explicarla?
MARQUES. Oh! presto! sí!
MARIA. (Sonriendo.) Vais á reiros,
Marqués de mí!

ANDANTINO.

MARIA. Al ver que mi esposo
la quinta dejaba...
un hondo suspiro
partió de mi alma!
Sentí que os perdía!...
Que amaba sentí!...
(Movimiento del Marqués.)
Sí!!.
(Acercándosele y con pasion.)
Yo te amo!
Yo te amo!
Ya es vano
fingir.
(Resueltamente.) Yo te amo,
y la vida
detesto
sin tí!
MARQUES. (Ap.) (Oh, Dios, qué escucho!
destino fiero!
de amor me abraso!
de amor me muero!
Pasion querida
sal ya de aquí.
(Señalando al corazon.)
No, no!
no, no! Yo debo
callando morir!!...)

LOS DOS.

MARIA.
Yo te amo,
yo te amo.
Ya es vano
fingir!

MARQUÉS.
Oh, Dios, qué escucho?
destino fiero!
de amor me abraso!

—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo te amo! —
y la vida —
detesto —
sin tí! —

MARIA. Por qué te alejas?
(Le coge la mano.)

MARQUES. (Ap. y luchando consigo mismo.)
(Cielos! Piedad!)

MARIA. Dí que me quieres!

MARQUES. (No puedo más!)

MARIA. Dilo!

MARQUES. (Sin poderse contener.)
María!
Dulce beldad!
Yo!...
(Suena dentro un toque de clarines y tambores. El Marqués se detiene aterrado.)

MARIA. Qué te pasa?

MARQUES. (Ap. y con terror.)
(El alba ya!!!)

MARIA. Por qué te inquietas?
Á dónde vas?

MARQUES. (Fingiendo alegría y sonriendo forzadamente.)
Es el clamor
de la diana,
que alegre anuncia
la mañana!
Á la revista
voy, mi bien!
Espera aquí!
no tardaré!!

MARIA. No tardarás?

MARQUES. (Entre risa y amargura.)
No tardaré!!

LOS DOS.

MARQUES. MARIA.

Es el clamor de la diana, Es el clamor de la diana!
que alegre anuncia la mañana! Qué alegre sale la mañana!
á la revista voy, mi bien; No tardes, no, mi dulce bien.
espera aquí: no tardaré. (Señalando al pabellon.)
Oculta allí te esperaré.

MARQUES. (Con sentimiento.)
Adios! (Retirándose.)

MARIA. (Alegre.) Adios!
(Dirigiéndose al pabellon.)

Á UN TIEMPO.

MARIA. Te esperaré!
(Entra en el pabellon.)

MARQUES. No tardaré. (Desde el fondo.)
(Cesa la música.)

HABLADO.

MARQ. (Con acento de dolor y extendiendo sus brazos hácia el pabellon en donde acaba de entrar María.) Adios, última ilusion de mi vida! (Haciendo un violento esfuerzo sobre sí.) Muramos con valor! (Se lanza al fondo. Al llegar D. Cárlos, que sale corriendo, lo detiene.)

ESCENA IX.

MARQUÉS, D. CÁRLOS.

CARLOS. Á dónde vas?

MARQ. No ves la luz del alba!

CARLOS. Marqués! En nombre de nuestra amistad, en nombre de María... te prohibo salir de aquí!

MARQ. No! Aparta! Ella está en ese pabellon! Sé tú su apoyo y su consuelo!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CARLOS. María! María!

MARQ. (Deteniéndole.) Silencio!

MARIA. (Sale á la puerta y escucha con inquietud.) Cielos. Estos gritos...

CARLOS. Marqués... Su amor es tuyo y tú la perteneces!

MARIA. (Don Cárlos!)

MARQ. Oh! Déjame marchar!

CARLOS. Es que Dios no quiere tu muerte! Es que yo traigo tu perdon!

MARQ. Mi perdon!
MARIA. (Ap.) (Qué dice!) (Á un tiempo.)

CARLOS. (Dándole un pliego abierto.) Sí. Léelo. (El Marqués le coge velozmente y lee para sí mientras D. Carlos continúa.) La Baronesa, inspirada por el cielo, ha revelado al rey tu secreto, ha obtenido á sus piés la revocacion de tu horrible sentencia... y Su Majestad mismo acaba de enviarme en tu busca para no separarte de su lado.

MARQ. Pues bien. Dí al rey que acepto su perdon, pero que yo no puedo vivir haciéndote á tí desgraciado. (Va á irse y María le sale al encuentro.)

CARLOS. Gran Dios!

MARIA. (Echándose á los piés del Marqués.) Esposo! Esposo mio! (Arrodillada.)

MARQ. Dejadme por piedad!

CARLOS. (Á la Baronesa y al Conde, que salen en este momento.) Venid, venid! Su generosidad le pierde!

BARON. Marqués, vuestro empeño sería un crímen... cuando todos os perdonan. Cuando María os implora de rodillas por su existencia y su porvenir, que dependen de vuestro cariño.

MARQ. (Á la Baronesa.) Ah, señora!

BARON. No, no... volved los ojos á ella... que está esperando una palabra de amor.

MARQ. (Abrazando á María.) Ah! sí! Para tí mi amor y mi vida entera.

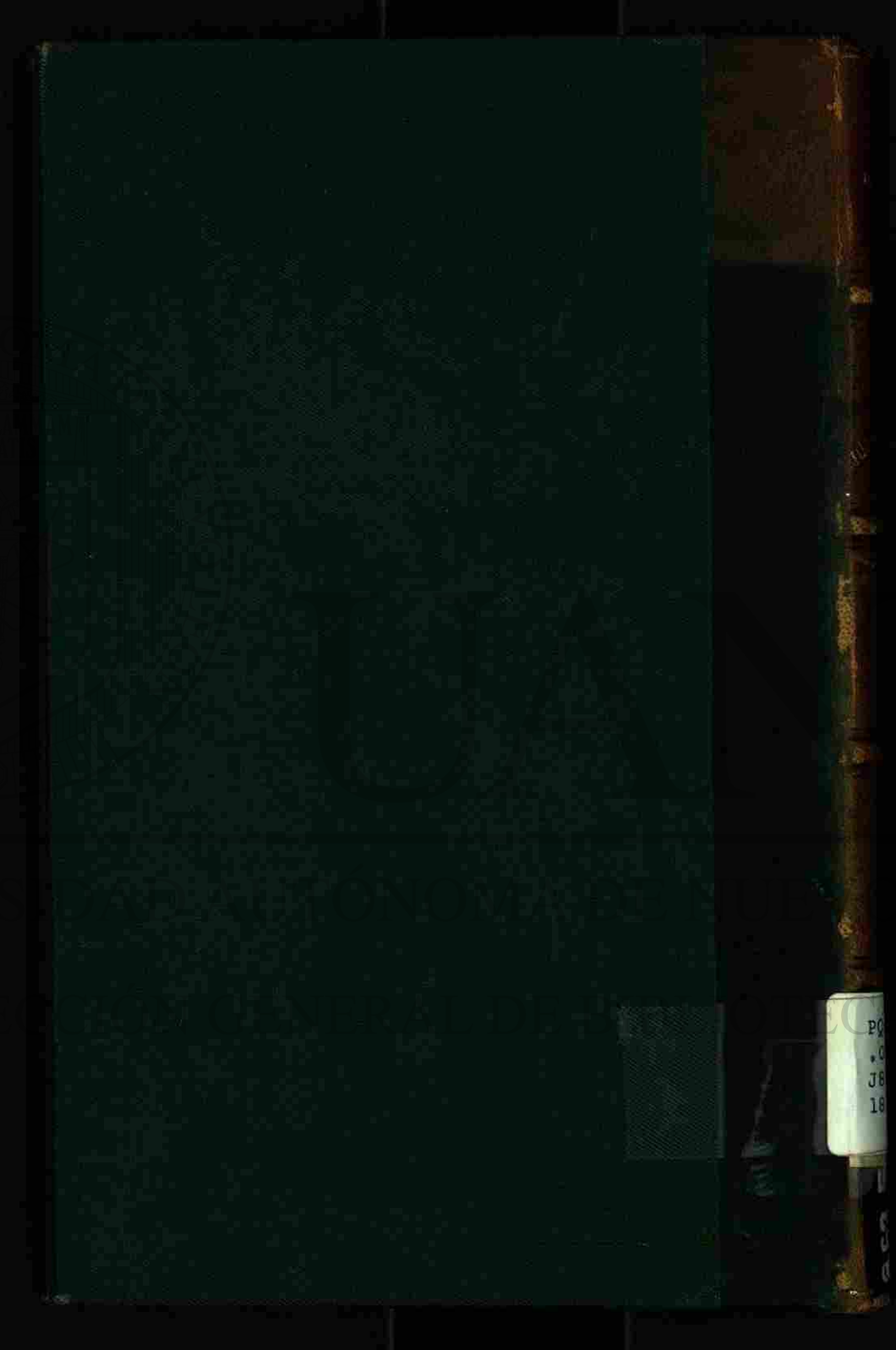
MUSICA.

CANTO.

MARQUES. (Á María.) Risueña brilló la aurora
de amor y de libertad,
y el alma que fiel te adora
dichosa respira ya.

TODOS.

Risueña brilló la aurora
de amor y de libertad,
y el alma que fiel adora
dichosa respira ya.

FIN DE LA ZARZUELA.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS